

Nº 8

LOS ORADORES DE LA CÁMARA

RETRATOS, BOGETOS Y CARICATURAS
DE ALGUNOS DIPUTADOS

DE 1876

POR UN AFICIONADO
(*Washington P. Bermúdez*)

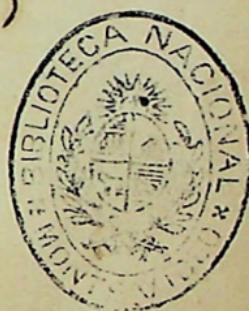
(1^a SÉRIE)

80.500
50.110

MONTEVIDEO

Imprenta EL OBRERO ESPAÑOL, calle Mercedes 121

1876



(53) ~~1900~~ - 1900 and 1901

LOS ORADORES DE LA CAMARA

EL AUTOR Á LOS LECTORES

I

Sino hubiera hecho firme propósito de escribir un libro, malo ó bueno, acerca de los Oradores de la Cámara de Diputados, y sino contara para ello, ya que no con el talento del doctor Bustamante, á lo ménos con su terquedad aragonesa; de veras que ante las dificultades que vislumbro desde el principio de mi trabajo, y arredrado, además, por el temor de la inutilidad de mis esfuerzos, hubiera desistido de la empresa, roto la pluma sin terminar el párrafo, y declarádome *cero*, como han tenido el honor de hacerlo tácitamente en la Cámara el señor Reyles y toda la recua de venerables padres de la patria que se hallan en su caso.

Pero estoy decidido, *clara y netamente* decidido, repetiré parodiando al señor Gomensoro cuando se recomendaba á los sufragios del partido colorado; y aunque me

hunda en el concepto público, como el ex-Presidente, ni tiemblo ni me acobardo.

Si muero con mi libro, que sea en hora buena. Morir en compañía de los Oradores parlamentarios que me rodean, es ir á la apoteosis y no á las gemonías. Morir así, es conquistar tumba gloriosa y ser enterrado con la pompa de los Césares, ó como los caballeros de la edad media caídos honrosamente en el campo de batalla.

Qué magnífico discurso pronunciaría al borde de mi tumba el elocuente tribuno don Amaro Carve! Con cuánto fuego se produciría ese incomparable orador!

Ya me parece verlo agitado por el númer y tronando en medio del fúnebre recogimiento de la asamblea, conmovida por su ardiente palabra. Qué triunfo para el tribuno y para el muerto!

Ah! ser honrado por la peroracion de un Carve, es obtener el *hossana* en lugar del *de profundis*; es algo así como la reproducción de la fábula del *Oso, la mona y el cerdo*, que tiene siempre en la punta de la lengua el señor Soto, verdadero diputado de la fábula. Y sinó que lo diga su biografía oratoria.

¿Cómo, pues, no arriesgarme á morir con mi libro, sabiendo lo que me espera despues del último suspiro? No hay mas; me resuelvo á trazar los perfiles fisonómicos de los Oradores de la Cámara, lanzándome al proceloso mar de la política con la misma fé que guiaba á Vasco de Gamma al descubrimiento del paso de las Indias. Yo, como el célebre marino, voy á conquistarme un nombre glorioso ó una tumba inmortal!

Solo trataré que mi nave, al bogar por el piélago de las reputaciones oratorias, no choque con ninguna; cuidando á la vez que mi pluma principiante no hiera con su

acerada punta la delicada epidermis de los señores diputados.

Despues de este ligero preámbulo, manos á la obra.

II

Pero mi asunto está erizado de dificultades. Quiero empezar mi camino, y ya tropiezo con obstáculos sin número.

Hé aquí el primero:—¿A cuál de los señores diputados el honor de abrir la exposicion? Parece natural y lógico que debiera empezar mi colección de retratos bosquejando la cabeza mas culminante de la Cámara, aquella que por sus altas dotes intelectuales mereciera figurar en primer término; parece natural y lógico, repito, que se inaugurara mi teatro con la partitura mas sublime; que mi Olimpo se abriera ante los ojos de la muchedumbre, mostrando sobre su cima la magestad de Júpiter tonante.

¿Pero á quién dar con justicia la palma del combate en los juegos olímpicos de la inteligencia; á quien proclamar el rey de la tribuna ó el vencedor en la palabra? Se me agolpan Bustamante, Vedia, Ramirez, Velazco, Saganstume; multitud de cabezas merecedoras de lauro, multitud de frentes dignas de flores, pero para las cuales no alcanza una guirnalda sola.

Seguro estoy que muchos, todos quizás, excepto un representante, estarian conformes en que cediera el cetro y la corona al doctor Bustamante.

Pero ese uno que protestarfa, ya hace inútil mi deseo y estéril mi justicia. Para resolver una cuestión de tanta

trascendencia, es necesaria la unanimidad de votos y no la mayoría.

Además, ese uno es abogado, vale decir pleitista. Vaya! capaz era de llamarme á juicio sino lo señalára el primer puesto en el espectáculo teatral!

Y cómo, en cuanto á juicios, tengo de sobra con el mío, ni á *pleito* me llevaría nadie á los que se debaten ante los tribunales, pues les profeso el horror instintivo que tienen los ratones á los gatos. Recuerdo siempre el cuento de dos litigantes, que, después de haber gastado su fortuna en pagar las costas de un pleito que seguían, concluyeron por perder la vergüenza entregando las ropas que usaban, como saldo de los honorarios de sus respectivos defensores, y quedaron desnudos en presencia del público.

Huyo por consiguiente el compromiso, temiendo ser descubierto por el protestante y llevado á juicio, donde, al fin de cuentas, vendría á quedar en camisa, si me la dejaba, ofendiendo al decoro y la sana moral.

Rechazo, pues, este medio por impracticable, y paso al extremo opuesto.

III

Ya que no puedo encontrar entre los que se hallan á la cabeza de la Cámara, la cabeza principal que debo presentar á los lectores en la portada de mi obra, adornada con los emblemas del triunfo, me dije para mi coletó, buscaré en la cola al orador que se encuentre á la idem de la misma.

Pensando de este modo creí obedecer aquel dicho evangélico tan sabido: *los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros*,—frase que, traducida al lenguaje vulgar, importa mas ó menos el refran, de que *la oveja mas ruin rompe el chiquero*.

Pero aquí surgen nuevas dificultades, y quizás esta cuestión es mas árdua que la otra.

La cola es tan larga, por desgracia, que sus últimos miembros *se pierden de vista*; y hallar la punta de este apéndice sería lo mismo que resolver el problema de la cuadratura del círculo.

Un aparte necesario. Al tocar por incidente el enojoso asunto de la cuadratura del círculo, que, por ser redondo como los diputados de la izquierda lo saben perfectamente, podría prestarse á malignas interpretaciones, me apresuro á declarar, para satisfacción de la Cámara, que mi frase no envuelve alusión personal ni colectiva.

Hecha esta salvedad indispensable, continuaré manifestando las razones que me obligan á no dar la preferencia á ninguno de los diputados que en contraposición á los titulados representantes de la cabeza, he tenido que distinguir con el nombre, algo feo, de diputados de la cola.

Si quisiera colocar en la punta al señor Navajas, el señor Costa le disputaría el sitio con plena y reconocida justicia; y á falta del señor Costa vendrían empujándose para ganarlo los señores Castillo, Vilaza, Silva, Alvarez, Iglesias, Lacueva y otros tantos, candomberos en su mayor parte.

Candomberos he dicho? Pues aquí viene á pedir de boca el cuento relatado por un viajero, hablando de ciertas tribus africanas y del modo deliberativo de sus asambleas,

juento es tan viejo como la ecstumbre de callar, seguida por muchos diputados orientales, que, si acaso ignoran el proverbio bíblico: *quien guarda su lengua guarda su alma*, porque ni tiempo habrán tenido para leer, no diré libros santos sino libros profanos, saben por instinto que en *boca cerrada no entran moscas*; y no la abren sino para reclamar las dietas.

Sin embargo de ser viejo el cuento, como es oportuno y de indisputable actualidad, no resisto al deseo de reproducirlo aquí.

El suceso pasa entre un viajero y un Ministro de Estado.

—Es cosa ridícula, señor, decia el viajero, la manera de discutir que observan los consejos de algunas naciones negras. Figuraos una sala, donde, por todo adorno, hay una docena de toneles mediados de agua fria y colocados de trecho en trecho. Vá á empezar la sesion. El presidente del consejo dá un grito gutural, y al instante penetran al recinto de las leyes doce diputados enteramente desnudos, que se encaminan con grave y mesurado paso hacia la fila de toneles. Cuando cada uno ha llegado á enfrentar el suyo, el presidente hace una señal, y entonces los diputados saltan dentro de las tinas, se hunden en el agua hasta el cuello, y en semejante posicion principian los debates.

—Y que halla vd. de extraño en eso, tratándose de pueblos salvajes? respondió el Ministro.

—Me sorprendió bastante el sistema parlamentario de los negros, y no pude menos de reirme de tales discusiones.

—Pues mire vd; en Parlamentos civilizados ocurre algo mas ridículo y chistoso todavía.

—Mas ridículo y chistoso? repitió el viajero. Eso parece imposible.

--No lo es, amigo mio. Yo conozco mas de un país donde, en vez de ser los representantes del pueblo quienes discuten, sus sillones son los únicos que deliberan.

Cualquier malicioso podria creer que el Ministro aludia á los usos legislativos del Congreso Oriental, sobre cuya larga y monstruosa cola cabalgan los espíritus mudos de la Cámara; pero entre cuyas vértebras, justicia sea hecha, no se puede confundir al doctor Vilaza ni á otro diputado nacionalista, gracias á sus colosales dimensiones físicas.

A no mediar esta ventaja por parte del nombrado y del aludido, ámbos hubieran pasado desapercibidos, á causa de su obstinado silencio, en medio del augusto elaboratorio de las leyes.

Lo que vale ser grande..... aunque sea en la estatura!

IV

Siéndome absolutamente imposible encontrar la cabeza ó la cola de la Cámara, á pesar de no abundar las buenas en la primera y de haber *sobras* para elegir en la segunda, y no queriendo pecar de injusto dando la primacía en mis bosquejos á un diputado sobre otro, tomo una resolucion que satisfaga á todos. Imito á Hernan Cortés; quemo mis naves y me arrojo en los brazos de la suerte. Es el heroismo de la desesperacion.

La caprichosa divinidad cortará el nudo gordiano, determinando á cual de los oradores he de pintar primero.

Asf creo no descontentar á nadie, ni aun al mismo representante quisquilloso. Por otra parte, mi resolucion tampoco ha de sorprender á la Honorable Cámara.

Bien sabe el país entero que desde hace muchos años la suerte está jugando el rol mas importante en los negocios públicos; y tan es así, que ella, puede decirse, es la que hace verdadero papel entre nosotros. Nuestros hombres hacen papel falso, ó de estraza, que es poco menos.

La veleidosa divinidad nos ha regalado, empezando la cuenta por el general Flores y acabándola por el doctor Ellauri, su último favorito, mil cosas mas bellas que el presente griego.

Varela, Batlle, Gomensoro, fueron aguinaldos que hizo la suerte á la República, puesto que esa trinidad de gobernantes salieron electos nada mas que por el voto de la casualidad. En cuanto al general Flores, es inútil decir que tambien subió al poder por la suerte..... de las armas brasileras.

El que actualmente rige los destinos del pais, para su felicidad y la de sus amigos (entiéndase que no hablo de la patria) debió á un golpe de suerte la Presidencia del Senado y á otro golpe la de la República. Hé aquí un magistrado hecho á golpes!

Quién sabe adónde lo llevará el tercero! (1)

Pero volviendo á mi asunto ¿qué mejores argumentos aduciré para confiar á la suerte la sucesiva y ordenada aparición de mis figuras en los *cuadros vivos* que trato de presentar al público?

(1) El tercero lo llevó con viento fresco á Buenos Aires, donde Dios quiera conservarlo por una eternidad. Amen.

He dado en el busilis y grito *Eureka.*
Un globo decidirá lo cuestion.

V-

Una palabra todavía antes de comenzar el sorteo.

Declaro que no intervendré para nada en este juego del acaso, ni me permitiré tomar las libertades que emplean los jugadores de mala ley; y como nunca he mentido en negocios de tan grave naturaleza, espero que los lectores prestarán entero crédito á mi declaración, como si llevase un *doy fé*, verbigracia, suscrito por el reputado escribano don Narciso del Castillo. ¿Qué fianza mejor podría ofrecer al público?

Al hacer la declaración *ut supra*, diré que la veriflico *motu-propio* (si parezco un pichón de escribano!) para evitar rumores ofensivos respecto á la verdad del sorteo. No quiero que los desocupados hagan comentarios desfavorables á mi honor, semejantes á los que hizo el pueblo cuando el doctor Ellauri, por decisión del destino, se puso á la cabeza del Senado.

Proclamo, pues, en alta voz que en mi globo no habrá nombres supuestos, como en los Registros Cívicos, ni trampas ó engañosas como en los oráculos antiguos ó modernos, ni cosa, en fin, que se parezca á las renuncias *indeclinables* del actual popularísimo Jefe del Estado, Q. D. G. y las bayonetas que le hicieron aceptar la Presidencia.

En consecuencia, los señores representantes irán sa- liendo de la urna en el órden que la suerte lo disponga, como los números premiados de la lotería.

Ya están sus nombres escritos en cedulillas. Al globo

con ellas. Mi globo valdría mas que la caja de Pandora antes de ser abierta por Epimeteo, si contuviese la esperanza!

Empiezo á dar vueltas al globo. Una, dos, tres, alto. Ha caido una cedulilla; la abro y leo un nombre.

Oh prodigo de la suerte! El papel que tengo en la mano, la primer cedulilla que ha vomitado la urna, dice con todas sus letras: **EL DOCTOR DON PEDRO BUSTAMANTE.**

Y ahora, digan ustedes, mis amables lectores, si la suerte se ha desmentido á si misma! ¿No es cierto que en este instante, y en el dia famoso de la elección de diputados por Montevideo, la casualidad ha tratado mejor que sus amigos políticos al Doctor Bustamante?

¿A quien debió en esa época su salida triunfante de las urnas? A sus amigos? No, pues lo escluyeron de las listas del Club Colorado. A su popularidad? Tampoco. Mas popularidad tiene su hermano Don Cándido (y que popularidad!) A sus méritos? Menos, por que, si los posée, no eran conocidos todavía. A sus servicios? No; sus servicios estaban al nivel de sus méritos, ó tan ignorados como los que pudiera ostentar don Saturnino Alvarez, Ministro de Gobierno.

¿A quién debió entonces la diputación? Simplemente á la suerte, que es ciega y caprichosa; y en esta última cualidad, segun cuentan, muy parecida al diputado que me ocupa.

En eso, á ser positiva la analogía, se ha cumplido la ley química llamada de las afinidades. Respetemos el fallo de la suerte, esclamando con el fatalista:—*Estaba escrito!*

Ahora, empieze la exposición.

Montevideo, Diciembre 1874.

DIPUTADOS CONSERVADORES

EL DOCTOR DON PEDRO BUSTAMANTE

Se aproxima la hora de comenzar la lida.

Un público numeroso se ha anticipado al momento del combate, y no hay asiento vacío en el local destinado á los espectadores.

¡Qué magnífico golpe de vista presenta el sitio consagrado á la discusion de los grandes intereses de la patria!

No ha faltado ni un paladin, ni un escudero, ni un page á la cita de honor! Bosquejemos el interesante cuadro que nos ofrece la Cámara.

La escena está completamente iluminada. En medio del recinto hay una débil barandilla de madera, que separa al pueblo de los atletas parlamentarios.

Estos pudieran ser tomados por Dioses, á causa de la actitud severa y magestuosa que guardan. Un público supersticioso creería asistir á una reunion de los inmortales.

Pero nuestro público sabe que el paganismo ha muerto; y aunque en su mayor parte, á pesar de la desaparicion de las deidades fabulosas, es materialmente pagano todavía,

ya no crée en ídolo ninguno, ni aun en los *becerritos de oro* que existen en el Congreso.

Pero dejémonos llevar, un instante siquiera, por la poesía de los recuerdos de la antigüedad; y veamos sino sería posible, en un rapto de entusiasmo mitológico, confundir nuestra Cámara con el Olimpo.

Mirad al Presidente. Parece el Júpiter de Homero, el Dios cuyo fruncimiento de cejas hace temblar al cielo. El Doctor Velazco, con su impasible serenidad, representa á las mil maravillas el papel del padre de los Dioses.

Mirad al doctor Herrera y Obes transformado en Apolo, y ostentando las flechas del epígrama. Sentado en frente de don José Cándido Bustamante, lo mira como si quisiera reproducir en su persona lo que hizo el Dios del rubio cabello en las orejas del rey Midas.

Don José Cándido Bustamante, vestido de Minerva, empuña la pesada lanza con gesto amenazador; y para intimidar á la Asamblea tiene en su brazo izquierdo el escudo con la cabeza de Medusa clavada en el centro.

Don Isaac de Tezanos imita al discípulo de Príapo. Es el robusto Marte, siempre airado, quien pese á su divina bravura, fué corrido mas de una vez en los combates. Lleva puesto el casco de batalla y muestra el buitre á sus pies. Y qué buitre!

El doctor Ramírez no indica claramente la divinidad que representa; pero á juzgar por el sitio que ocupa en el Congreso y la cola de pavo real que le cubre una parte del rostro hace el papel de Juno.

El doctor don Bernabé Caravia juega el rol de Vulcano, no porque forje rayos para Júpiter ó armas para los héroes, que en esto nunca ha pensado, sino porque cojea.

El doctor Bustamante, inflexible como Diana, tiene el arco de las venganzas en la diestra, y en la espalda el carcaj bien provisto de dardos. Está en actitud de lanzarse en pos de las fieras políticas de la Cámara, para inmolárlas en el altar de sus principios. Su mirada colérica está fija en los diputados de la izquierda.

Vesta, con la antorcha y el paladion, se ve retratada en don Agustín de Vedia. Este lleva en una mano el fuego sagrado de la patria, y en la otra el paladion de la libertad. Es la divinidad de los pueblos libres.

Venus está dibujada en el doctor Vazquez Sagastume. Contempladle seguido por las gracias de la palabra. A su lado mirase el carro de la elocuencia, con los cisnes de dulcísima garganta. Es la deidad mas bella y prestigiosa entre los corazones sensibles.

El señor Castillo desempeña el cargo de Mercurio; pero en lugar del caduceo luce la pluma del escribano. Esta modificación no altera el fondo de las cosas, pues sabido es que Mercurio estaba encargado de las notificaciones celestiales. Hay otra particularidad en este Dios, y es que, en vez de llevar alas en los pies, tiene botines, y dentro de estos terribilísimas uñas.

Falta alguna divinidad en este bosquejo? No importa; hay mayoría en el Olimpo, y ya puede empezar la sesión.

Pero ay! que todo es un sueño. Nuestros representantes, aunque parezcan dioses, no poseen nada de divino, á no ser el alma. En lo demás son simples y percederos mortales, sin que obste su pequeñez á que en muchos casos consigan dejar su nombre escrito en el templo de la inmortalidad.

Y cuántos de los que vamos á dibujar en este libro, no llegarán á la póstuma fama!

Pero descendamos á la region terrena, dirigiendo otra ojeada á los campeones del Parlamento, y á la débil barra que los separa del público.

Es hermosa la escena; mirad.

De un lado están los campeones, lanza en ristre, alzada la visera, montando poderosos caballos de batalla, y aguardando la señal del combate para acometerse en la arena del circo.

Del otro se agita un pueblo impaciente, parlero, antojadizo; un pueblo de atenienses en lo bullíoso y en lo cástico.

Aquí las pasiones hierven tumultuosamente en el corazón de los espectadores divididos en bandos; allí los adversarios, examinando el filo de sus armas, se miran de reojo.

De una parte chocan los encontrados sentimientos, se cruzan las sátiras picantes, se aplauden ó denigran los colores de los combatientes; de la otra, en el sitio del torneo, los mantenedores del campo sienten latir sus almas en una aspiración y en un deseo: la lucha y la victoria.

Ya los concurrentes se revuelven en sus bancos impacientados por la tardanza, y ansiosos de festejar el primer golpe que se cambie, la primer herida que se infiera, la primer lanza que se rompa en el escudo del adalid contrario; mientras tanto los caballeros lidiadores, silenciosos e inmóviles, echados sobre el arzon de sus sillas de guerra, esperan la señal para emprender las justas.

Por fin el juez de fiestas declara abierto el campo.

Instantáneamente cesan las conversaciones del pueblo, se apacigua el tumulto, y cien pechos contienen hasta la respiración. En ese momento no turba el mas ligero rumor la augusta solemnidad de la Asamblea.

En medio del hondo silencio que ha reemplazado al anterior bullicio, un orádor ha pedido la palabra.

Todas las miradas se vuelven al campeón que baja á la palestra. Mirémosle tambien nosotros.

Firme y sereno en su silla, parece que reune las fuerzas de su inteligencia, reconcentrándolas en un punto dado, para lanzarlas impetuosamente, por un esfuerzo de su voluntad poderosa, contra el paladín que se atreva á recoger el guante.

¿La primer palabra que salga de sus labios, arrancará de pronto y con la rapidez de la flecha, para herir en pleno corazón á su adversario? Derrumbará acaso con el empuje del ariete romano las primeras defensas que le opongan?

Tales preguntas se hace en silencio el espectador al observar al doctor Bustamante, cuya actitud recuerda el aire provocativo de los antiguos justadores.

Pero el doctor Bustamante no rompe nunca el fuego con todas sus baterías. No ha llegado aun el momento decisivo del combate. Es para cuando llegue que el guerrero reserva sus poderosas armas.

Por ahora no hay mas que preliminares de pelea; y el adalid no arremete de una manera brusca ni impremeditada. Por ahora está disponiendo en su mente, bajo un plan estratégico admirable, las operaciones que han de asegurarle la victoria.

Oidle, porque ha empezado su discurso.

Su acento es grave y pausado, su palabra precisa, su frase oportuna, su pensamiento robusto.

Perora sin esfuerzo, argumenta con lógica y replica con maestría.

— Buen orador! — dice el público inteligente al escucharle.

Es un artífice que principia su obra con todas las materias convenientemente preparadas para el trabajo; un obrero que ha reunido de antemano los elementos indispensables, y echa los cimientos del edificio en tierra firme, ya dispuesta con antelacion para el objeto.

Se conoce que ha meditado profundamente antes de emprenderlo, y lo ejecuta con mano segura y adiestrada. Y sinó, examinad la fábrica.

Advertid con que precision inimitable, con cuanta regularidad artística, con que exactitud de cálculo, va levantando, unas sobre otras, desde la sólida base que ha escogido, las sucesivas partes de su construcción matemática.

Mirad el conjunto y los detalles; cuánta fuerza y simetría en el primero, cuánta sencillez y medida en los segundos! Y que mano de maestro por todos lados!

No vereis en su obra ni un adorno superfluo, ni un detalle innecesario, ni una línea que rompa la armonía geométrica; no vereis tampoco caprichosos calados, ni arabescos esmaltados de brillantes colores; nada de la estructura vaga y aérea de los palacios moriscos, que parecen construidos por las hadas.

En su obra resaltan los contornos acentuados y los perfiles vigorosos, un poco duros á veces; pero en cambio tiene tal aspecto de nobleza el conjunto, y respira, de la cúspide á la base tal naturalidad, solidez y severa belleza, que recuerda una de esas imponentes catedrales cristianas, bajo cuyas bóvedas el espíritu se recoje y medita.

El arquitecto no quiere hablar á los ojos sino al entendimiento. Diríase que su obra se edifica para un hijo de Esparta, y no para el afeminado habitante de la Jonia. No

busca los aplausos del poeta, porque su discurso es dirigido al filósofo, prefiriendo, antes que los plácemes del frívolo pueblo del Pireo, la aprobacion discreta del ciudadano del Eurotas.

Pero miradle otra vez; contemplad de nuevo al terrible combatiente de la Cámara, y convenid en que es un consumado capitán en la pelea.

Observad como avanza primero cautelosamente, paso á paso, desprendiendo guerrillas á su frente, escaramuceando las que le opone el enemigo, atendiendo á los flancos, aprovechándose de los accidentes del terreno y de los descuidos del contrario, conservando la formacion en sus fuerzas y sin perder su línnea de batalla.

No compromete un hombre en su movimiento ofensivo, ni deja un solo prisionero si toca retirada.

Si el enemigo dobla sus tiradores, saca á galope sus reservas y lo para; si le amenaza algun punto importante de su línnea, con un cañonazo disparado á tiempo lo contiene.

Jamás se le encuentra desprevenido de elementos bélicos, ni exhausto de recursos militares. Es inmenso el parque que lleva á las batallas; y ya sea en la retirada ó en el ataque, á campo raso ó en murado recinto, siempre está pronto para aceptar el combate y responder al fuego, porque el doctor Bustamante, á toda hora, en cualquier punto y aun sobre el peor terreno, sabe mandar en gese.

Si su ataque es formidable, su defensa es temible; si su armadura es sólida, su lanza es mas fuerte todavia; si en su retirada es impenetrable á las cargas enemigas, en su embestida se parece al tigre. Pronto y bravío en la réplica, como la fiera en el salto, donde tocan sus armas dejan huellas sangrientas.

—Oh! que buen general, exclama el público.

Y lo es, en efecto. Fijaos en sus maniobras, ahora que ha formado sus columnas, batido marcha y gritado adelante!

Que carga furibunda! Allá van sus argumentos, nutritos de dialéctica y llenos de doctrina, semejantes á batallones disciplinados que disputan, á tambor batiente y banderas desplegadas, las palmas de la liza. Allá van sus raciocinios al asalto, al fuego, á la victoria, por entre el humo y las balas enemigas.

Aquí toma un reducto á la bayoneta; allí, haciendo un pequeño rodeo, se apodera por sorpresa de una posición ventajosa; mas allá, por medio de un ardid digno de Aníbal, envuelve un cuerpo de ejército y lo conduce prisionero á sus reales.

Posée admirables recursos y emplea estratagemas admirables. Tiene la ciencia de los grandes guerreros; y reune á la sagacidad de Fábio, el valor de Pelópidas y el talento de Scipion Africano.

Tan pronto amaga al enemigo por el centro y lo bate por las alas, como, ocultando su designio, lo distrae por los flancos para volverse repentinamente al centro, romperlo y derrotarle.

Si dá con un antagonista bisoño en la lid parlamentaria, cuyo ejército ocupa inespugnables serranías, emprende á su vista una falsa retirada, fingiendo que le teme. El enemigo, creyendo que huye el doctor Bustamante, deja las protectoras trincheras ansioso de perseguirlo.

Nuestro orador apresura la marcha y el enemigo precipita la suya, recelando se le escape, sin pensar en el lazo que le ha tendido. Pero así que el atleta terrible observa la distancia que separa al contrario de sus fortifi-

caciones y el desorden en que viene, cegado en la persecucion, hace alto, dà frente, lo carga y lo dispersa.

Pero si el otro no cae en la celada y permanece tras de sus parapetos, el doctor Bustamante le pone estrecho sitio, buscando el punto vulnerable de la fortaleza para asestarle sus cañones. Si lo encuentra, dispara sus baterias al baluarte hasta abrir ancha brecha; y entonces arrojándose con intrepidez al muro, lucha brazo á brazo con sus defensores, vence, y clava su bandera en los escombros.

Así maniobra el atleta terrible de la Cámara en los combates de la idea; así procede en sus discursos el orador pujante.

Su palabra no brota con las galas de una vegetacion tropical, ni su pincel dibuja cuadros de tonos resplandecientes, porque el doctor Bustamante tiene un lenguaje sobrio y un estilo desnudo de bellezas literarias. Es un pintor que cópia á la naturaleza sin hermosearla, sin idealizarla, tal como es en sí.

Como dijimos al principio, este orador se dirige mas bien al juicio del sabio que á la imaginacion del artista. Antes que engalanar sus frases con esos adornos exteriores que seducen á las almas sentimentales, prefiere convencer al filósofo, al pensador, al estadista; y por eso su diccion no suena con la suavidad del ritmo, ni su frase tiene el encanto de la forma, ni su expresion cautiva por lo brillante.

El orador traduce sus pensamientos en un perfodo aritmético, rígido con frecuencia y desprovisto de imágenes, pero si no hay flores ni melodias en su lenguaje, hay solidez en el concepto, firmeza en la lógica y naturalidad en las ideas.

Sus discursos tienen la magestad de un monumento

egipcio, permítasenos esta comparacion; careciendo, por tanto, de la gracia, vaguedad y poesia que parecen animar los muros de la Alhambra. Si poseyese la pomposa diccion y la riqueza de estilo del doctor Vazquez Sagastume, los discursos del doctor Bustamante serían perlas de subidísimo precio y de pureza incomparable.

Pero el tribuno sacrifica la forma al fondo, la seducion de la cadencia á la verdad del pensamiento. Así pensamos que debe conducirse el orador parlamentario, y por consiguiente, á nuestro juicio, el doctor Bustamante merece ser colocado á la cabeza de los oradores de la Cámara actual.

El pueblo le escucha siempre con atencion marcada, aunque muy pocas veces le aplaude de un modo estrepitoso. Puede considerársele el jefe del partido colorado principista, al que imprime el rumbo de su politica en los debates.

El doctor Bustamante tiene algunos amigos, pero son mas numerosos sus contrarios, quienes opinan que el tribuno no pasa de ser un buen actor ante el público y un mal hombre en la vida privada, donde nunca osaremos penetrar.

Sus enemigos suponen que la rigidez de principios, austerdad de pensamientos y puritanismo político de que hace gala, son afectados. Agregan que ese brillo exterior no le ilumina el alma, y que el representante del pueblo, el Camarista y el ciudadano, son tres personas distintas en la apariencia y en la realidad un solo hombre verdadero. Añaden aun que este hombre trino y uno, visto en la penumbra de su íntimo santuario—la conciencia—no tiene ninguna aproximacion con el Dios de los cristianos y si

bastantes analogías con el cornudo monarca del abismo, como dice Espronceda.

Pero dejemos al individuo particular y volvamos al orador para terminar su retrato.

El doctor Bustamante posee relevantes cualidades y notables defectos. No obstante, para ser justos, debemos confesar que las primeras abundan mas que los segundos.

En sus discursos peca algunas ocasiones por demasiada vulgaridad de lenguaje.

• • • Será que, á semejanza del águila, cansado de volar por las altas regiones de la idea, como aquella por las nubes, quiere rozar la tierra como la humilde golondrina? El monarca de la tribuna oriental, en muchos momentos, se muestra mas republicano que un yankee.

Repentinamente, en medio de la grandiosidad de sus peroraciones, arroja al suelo la diadema, baja del trono, y cubre su cabeza con el primer gorro plebeyo que encuentra al alcance de su mano. Tiene ese parecido con Luis Felipe cuando este, durante los buenos tiempos de su reinado, se paseaba por los boulevares parisienses con el paraguas debajo del brazo, saludando á todo el mundo; ó silbaba la revolucionaria *Marsellesa* desde el balcón de las Tullerías.

Un ejemplo al caso:

Discútase una noche un proyecto de recursos presentado por el Poder Ejecutivo, para atender al presupuesto y deudas de la Nación.

Los representantes, conformes en el fondo, disentían en cuanto al punto donde debía realizarse el empréstito. El señor Soto opinaba que podía celebrarse en Londres, y oponíase á ello el doctor Bustamante, manifestando que eso

importaba negar los recursos pedidos por el Gobierno, puesto que este no necesitaba para mañana sino para hoy.

Añadia que el caso era urgente y no admitia demoras; que la operacion financiera debia realizarse en Montevideo, aun á costa de cualquier sacrificio pecuniario, porque así se llevaria á cabo con mayor prontitud.

—Realizarlo en Europa, terminaba diciendo el orador, es de una dilacion insopportable. Esto me trae á la memoria un dicho que los paisanos emplean para expresar los resultados fatales que origina una demora:— *Y mientras crece el pasto el mancarron se muere.* (1)

En otra discusion, siendo Ministro de Hacienda, decia refiriéndose á un proyecto de ley que, en contra de uno suyo, habian presentado sus opositores en el Senado, tambien sobre recursos al Gobierno: «Si la solucion que se piensa proponer es una que he visto hace pocos momentos, es, (permítaseme la frase un poco vulgar) es querer curar una enfermedad orgánica con *sebo y saliva*».

Estas salidas de tono hacen reir á la barra turbando momentáneamente al contrario; y el doctor Bustamante arroja con frecuencia rasgos de tal naturaleza en plena discusion elevada.

Sus enemigos tachan de triviales á semejantes dichos, y sus amigos los celebran como gráficos; pero el público sensato é imparcial demuestra con su silencio el rechazo que le merecen las frases que no guardan la debida cultura.

Para denotar la firmeza de carácter, proverbial en el orador á que nos referimos, y lo terco y obstinado de sus ideas, varios le atribuyen estas palabras:

(1) Tambien Shakespeare, en *Hamlet*, habla lo mismo.

—A mí no me convencen ni razones.

Respecto á la austeridad de sus opiniones políticas, hemos oido estas otras, un tanto enigmáticas:

—El doctor Bustamante se llama principista, y lo es, en efecto, á su manera. Defiende los principios por los fines; los fines son sus principios. Que lo diga la cancha de Valentín.

El doctor Bustamante pasa de los cincuenta años, es de estatura regular, delgado de cuerpo, de cuello robusto, de semblante poco amable, tardío y vacilante en el andar. Su aire es el de un filósofo que camina apoyado en su báculo, lleno de graves preocupaciones metafísicas.

Su gesticulacion en la tribuna es moderada, lo mismo que sus actitudes; y su voz, á menudo débil, no llega con toda plenitud á los oídos de la concurrencia.

Sin embargo, acontece tambien que su acento vibra alguna vez con mas fuerza que de ordinario; y entonces resuena por el ámbito de la Cimara como el ruido del trueno que anuncia la tempestad.

Guay! de los adversarios, porque pronto estallará la tormenta, y caerá sobre ellos una lluvia de acres invectivas, de palabras mordaces, de equívocos punzantes ó de irrefutables razones.

En ese instante el orador llega al pináculo de la elo-
cuencia, esparciendo en perfodos sublimes los pensamien-
tos que germinan en su fecundo espíritu; es Moisés apa-
reciendo con las tablas de la ley en la mano, entre
relámpagos y truenos, ante el pueblo admirado y con-
movido.

En ese instante el diputado por Montevideo se levanta erguido ó imponente, como el genio de la oratoria domi-
nando desde la alta tribuna, y hace repercutir su palabra

por el silencioso recinto de las leyes. Entonces retumbaba su voz, sus miradas centellean, su fisonomia habla, su inteligencia se espande, y de sus labios brotan frases ya convincentes como una demostracion algebráica, ya satiricas como un yambo de Juvenal, ya amargas como la ciencia de Sócrates.

Entonces el orador excitado por la fiebre del combate, impulsado por la ambicion de la victoria, arrastrado por la improvisacion calenturienta, atropella y carga al enemigo con el bizarro empuje de la vieja guardia cantando el himno triunfal sobre el cadáver del vencido.

El hombre y el orador se funden en una alma; y el doctor Bustamante se muestra al público transfigurado, en la excelsitud de su gloria, en la posesion de su grandeza, como un semi-dios victorioso.

El pueblo entonces le corona, y el orador, en medio de las ovaciones de la multitud, pronuncia la última palabra del gallo: *Ay! de los vencidos!*

Y al *Vx victis* del nuevo Breno nadie se atreve á responder.

EL DOCTOR

D. JOSÉ PEDRO RAMIREZ

Si el doctor Ramirez tuviese la belleza fisonómica de Adónis y las correctas formas corporales del Apolo del Belveder, de seguro que se diría mirándose desnudo en un espejo: *Soy un hombre acabado.* No hay equívoco en la palabra final.

Y aludimos únicamente á su parte física, porque, en lo que concierne á las facultades del alma, el doctor Ramirez ha formado el concepto mas favorable de sí mismo. En otros términos, crée, con la inquebrantable convicción de un árabe fanático, que posee todo lo noble, grande y bello del espíritu; y por ende se considera el hombre mas austero, sabio y honorable de la humanidad.

Pero, desgraciadamente para el doctor Ramirez, la naturaleza no ha querido prodigársele por completo. Deteniéndose á medio camino, solo le ha dado unas cuantas pinceladas exteriores de brocha gorda; de manera que la hermosura de sus facciones y la belleza plástica del cuerpo han quedado muy atrás de su parte moral e intelectual.

El doctor Ramirez es feo, aunque no tanto como Eso-po, el inventor de la fábula, ni como Mr. Dupin, *l'homme le plus laid de France et de Navarre*, segun cuenta Timon; es calvo como César, y tan moreno de cutis, que mas bien parece originario de los trópicos y no hijo de la templada zona meridional.

Pero si por el lado material se asemeja en algo á los tres personajes que hemos citado, bajo los demás puntos se aleja de ellos hasta lo infinito. No ha inventado nada, en primer lugar, como el filósofo frigio, puesto que comprar votos de representantes para ganar una elección presidencial, no es invención de su ingenio sino costumbre inveterada en la mayor parte de los países constitucionales; ni tiene la nombradía de Mr. Dupin, á pesar de haber hecho, como el abogado francés, notables defensas y acusaciones en el Foro y en el Parlamento; ni ha mandado legiones como César, pues las manifestaciones populares y serenatas que ha dirigido, pese al entusiasmo que las animaba, nunca pudieron parangonarse con los vencedores de Pompeyo. Pero hay mas todavía, y es que el doctor Ramirez no ha presenciado ni un simulacro de batalla.

Tal es como hombre la notabilidad cuya fisonomía presentamos al público. Pasemos al orador y al diputado.

Cuando el Presidente de la Cámara dice: *Tiene la palabra el señor representante por Maldonado*, basta los mas miopes en materia de amor propio ven que la vanidad se asoma al rostro del doctor Ramirez, saliéndosele por los poros, como el orgullo de Antístenes á través de los agujeros de su capa.

Entonces el orador, antes de romper el fuego, echa un vistazo por el recinto legislativo, mirando en primer lugar á sus colegas, despues á la barra y por ultimo á su propia persona, cuyos tres movimientos visuales encierran un significado comprensible.

El primero v. g. indica: Ya verán quien soy yo. El segundo: á cada golpe de efecto, un aplauso. Atención! Y el tercero: vamos, habla José Pedro.

Así que ha terminado el discurso ejecuta idénticas operaciones, pero en sentido inverso; es decir, empieza por su individuo, sigue por sus colegas y concluye por el público. Estas operaciones tienen tambien una interpretacion bastante clara. Pueden traducirse del modo siguiente:

La mirada personal es una felicitacion que se dirige, diciéndose por ejemplo:—Estoy satisfecho de mí mismo. Non plus ultra.

La segunda es un desafío á la Cámara, pues poco mas ó menos expresa este pensamiento: Y quién me pisa el poncho? Quién le pone el cascabel al gato?

En cuanto á la ultima, respecto de la barra, se divide en dos partes. Si es aplaudido, envuelve un agradecimiento orgulloso, como: Mil gracias, lo merezco. Pero si el auditorio permanece con los brazos cruzados; si no le ha victoreado con pies y manos la concurrencia, entonces ya es otro cantar. Entonces entra la segunda parte de la mirada, que es casi tan elocuente como lo emitido en su peroracion, porque, vertida al lenguaje comun, esa mirada es un reproche, una acusacion, un ultraje; es lo siguiente:—¿Y no me han aplaudido? Que imbéciles!

Tal es lo significado por el rayo visual del orador; y de un modo tan gráfico y saltante que mas de una vez he-

mos creido, al sentir esa mirada fija en nosotros, cuando, mezclados con el público, asistíamos á los debates de la Cámara, hemos creido ver, repetimos, el gesto altivo de Luis XIV en los momentos de apostrofar á su cochero.

Lo que alcanzan á manifestar unos ojos parlamentarios en un idioma sin sonidos!

Si un diputado le replica, durante el discurso del contrario el doctor Ramírez parece estar sobre ascuas. Mueve los brazos, las piernas, la cabeza, el cuerpo entero; mira al techo, al contrincante, al Presidente, á la barra y á los taquígrafos; tose, escupe, suspira, bosteza, se desazona en su banco, se reclina, se incorpora, vuelve á menearse, y se sosiega; pero no trascurre un segundo sin que se ajite de nuevo en todos sentidos.

En sus actitudes, gestos y ademanes; en sus miradas, sonrisas y continua movilidad, demuestra la sorpresa, ira ó temor que le produce la réplica; ó bien la admiración que le causa el hecho de que haya un diputado tan impertinente, audaz ó ignorante, que se atreva á contradecir, analizar, desvirtuar ó disentir en razonamientos.

Qué profunda irritacion lo domina, y cuántos esfuerzos hace por disimularla! Que digno de estudio se presenta en ese instante al biógrafo, con todos sus sentimientos e impresiones al descubierto. Vano es el empeño que pone para ocultar á los espectadores el estado de su alma, las emociones que lo turban y el combate que sostiene su amor propio con su voluntad á fin de mostrarse indiferente. A la sazón se encuentra el hombre sin antifaz ninguno, con su carácter, genio y pasiones á la vista, como el niño mirado de la casa, que, irritándose á la menor contradiccion que sufre, suelta la rienda á todos sus defectos.

Miradle; se pasa la mano por la calva, arruga los papeles en que lleva apuntes, llama á los empleados inferiores, pide agua, hojea el Reglamento, conversa con el vecino, interrumpe al que tiene la palabra, juega con la cadena del reloj, se dirige á la antesala, vuelve al sillón que le pertenece, se encoleriza, se calma, escucha, toma notas, se sonríe con sarcasmo, apostrofa al Presidente, y desea que termine cuanto ántes el contrario, para contrarePLICARLE Y hundirle en el polvo de una completa derrota.

Siel antagonista empieza á destruir sus argumentos y lo vá estrechando en el círculo de fierro de la buena lógi-ca, el doctor Ramírez forcejea para evadirse y evitar la muerte. Al efecto recurre á los grandes golpes del general experimentado y á las pequeñas astucias del guerrillero, empleando su inteligencia y su práctica, su intrepidez y viveza, el epígrama fino y la sátira mordaz, las altas concepciones y los rápidos ardides, para vencer en el Parlamento como Aníbal en sus batallas campales.

Sagaz e ingenioso como el cartaginés, el doctor Ramírez quiere tener siempre en jaque al enemigo, tratando de desorientarle y confundirle en los nuevos caminos que le abre con sus interrupciones y estratagemas parlamentarias; trabaja con ahínco para echarle del terreno en que se dá el combate y meterle en un desfiladero sin salida, donde, si pisa el contrario, le cierra al punto la entrada haciéndole capitular.

Y miéntras le vá conduciendo á los lugares que ha elegido para la nueva lucha, en medio de las pullas que le dispara, de los obstáculos que le pone y de las emboscadas que le tiende, nuestro orador está forjando en el inmenso arsenal de su cabeza las armas con que batirá al

contrario, ó la armadura con que se cubrirá si acaso es acometido por tropas de refresco.

Regularmente dice la última palabra en las discusiones que sostiene; y si pierde por un acaso alguna de las posiciones ventajosas que ocupaba, pronto la reconquista valiéndose de medios artificiosos, que solo están á su alcance; ó la disputa palmo á palmo hasta caer postrado sobre el campo de sangre, vencido por el número y la superioridad de los elementos reunidos en su contra. Y aun así mismo, jamás se rinde sin condiciones el doctor Ramirez.

Si es derrotado, se retira del debate con la espada al cinto, enhiesta la frente y los honores de la guerra, como el valiente que ha quemado hasta el último cartucho sin retroceder una pulgada; si vencedor, deja en libertad al enemigo, en algunos casos generoso como Alejandro con Poro, y en otros imponiéndole la vergüenza de las horcas caudinas.

La lengua de nuestro diputado podría ostentar el viejo lema de las hojas toledanas:—*no me saques sin razon ni me envaines sin honor*, aunque no siempre es guiado por la razon en los debates, puesto que suele serlo por el espíritu de compañerismo político. Pero á falta de absoluta conformidad con la primera parte del lema, la segunda es observada fielmente por el doctor Ramirez, que jamás guarda sin honor el arma de que se ha servido en la pelea.

El orador no discute con la caprichosa terquedad del doctor Bustamante; sin embargo, de innesta tener bastante apego á sus opiniones, y una vez lanzadas á la arena, el caballero andante, armado de punta en blanco, las sostiene á todo trance, aunque haya perdido la esperanza de la vic-

toria. En este caso las desfieude, mas que por la fé en su mérito, por el puntillo de autor. La vanidad es el talon de nuestro Aquiles.

El doctor Ramirez posee indisputables dotes oratorias, siendo elocuente en sumo grado. Empero, en ocasiones, impelido por el entusiasmo, exagera el pensamiento e hincha la frase con hipérboles desusadas en la tribuna contemporánea. En otras circunstancias se exhibe amanerado en los modos, estudiado en los ademanes, afectado en la actitud y en las modulaciones de la voz.

Improvisa con la facilidad del que está habituado al uso público de la palabra, procede con método en el discurso, revela conocimientos y estudio en los asuntos que trata, se produce con arte en la frase y regular belleza en el estilo, que peca, sin embargo, de cierto sabor forense.

En sus inspiraciones tiene arrebatos admirables y levantados vuelos de pensamiento; pero no siempre son naturales estos rasgos de la suprema elocuencia, que desbordándose cual olas de fuego en la espontánea manifestación del númer, arrastran en pos de sí á los corazones sacudidos en sus mas íntimos sentimientos. Muchos de los bellos rasgos oratorios del Dr. Ramirez (y deseáramos equivocarnos) brotan del talento y no del alma; son una especie de calor artificial escondido en un rincón de la cabeza, y tienen mas de pensado que de repentino.

Eos golpes espléndidos parecen preparados anticipadamente para darles puesto en un período estudiado, al final de una frase conocida, con el único y exclusivo objeto de producir sensacion. Cuando ha llegado la frase ó el período oportuno, el orador abre la válvula, salta el pensamiento circundado de llamas, yá medida que el tribuno lo quiere, van subiendo ó bajando las imágenes y

la entonacion ensayada, como un globo que desciende ó remonta en el espacio á voluntad del aeronauta que lo guia.

Esto no disminuye el valor de la palabra del doctor Ramirez, quien, por lo comun, se expresa de un modo natural, con inventiva y riqueza de conceptos, profundidad de doctrina y elocuencia convincente.

Es algo brusco en el ataque, ligero en las escaramuzas, tenaz y astuto en el combate, fuerte en cualquier terreno intelectual, y flechero como el antiguo partho al volver grupas. Si llega á personalizarse con algun diputado, su sátira es picante como un sarcasmo de Byron. Mí aquí un recuerdo á tiempo:

La Cámara discutia un proyecto de trascendental interés para la República.

Hablaban el doctor Ramirez, y el público escuchaba con atención al orador. Igual atención le prestaban al asunto los representantes, exceptuados los mudos de la izquierda, que, en su mayoría, gozaban de beatísica somnolencia. Entre ellos sobresalía por su *nonchalante* y angélico semblante el doctor don Carlos de Castro.

El doctor Ramirez, que todo lo observaba, notando la postura y el aire del ex-Ministro de la Dictadura, (al que, dirémos entre paréntesis, se le acusa de haber divulgado el tratado secreto de la Triple alianza, con lo que hizo un bien á la democracia y á la América) interrumpe su disertación, se encara con el personaje que dormitaba en su silla, y, dando á su voz el tono propio del caso, le lanza ex-abrupto este apóstrofe histórico:

—Duermes, oh! Bruto?

El efecto fué instantáneo. Ni una centella caida á los pies del doctor Castro le hubiera producido la confusión

que le causó el latigazo del doctor Ramírez. Y no era para menos, porque aquel apóstrofe oportuno salió de los labios del orador con la fuerza y el ruido de un cañonazo. Cicerón corriendo á Catilina del Senado, hubiera envidiado el acento, la mirada, la acción y el ímpetu del tribuno oriental.

El doctor Castro no huyó como el conspirador romano, pues eso hubiera sido llevar alabarda sobre alabarda. Además el golpe fué tan rápido que lo dejó sobrecojido de miedo; así es que, en su perplejidad, restregándose los ojos e incorporándose en su asiento, solo pudo balbucear tres palabras:

—No duermo; pienso.

—Ah! la palabra *pienso* está bien en la boca del señor diputado, replicó el doctor Ramírez volviendo á herir á su víctima; y luego, complacido del buen éxito de la frase, aplaudida repetidamente por el auditorio, prosiguió el discurso interrumpido.

Los diputados *lirones*, temiendo otra arremetida por el estílo, se vieron forzados como el doctor Castro á interesarse real ó aparentemente en la discusion.

Pero dejemos al orador parlamentario para sorprender en su taller al periodista y delinearlo de un vuelo, inclinado sobre la mesa de redaccion.

Vamos á dibujarle tal como era, pues desde hace algún tiempo ha roto la pluma del polemista, y retirándose del estadio de la prensa con el propósito de no volver al combate, (1) Esta consideracion pesará en no-

(1) En 1876 quebrantó su propósito; pero su reaparición fué momentánea. Conocidas son las causas que obligaron al doctor Ramírez y á otros periodistas independientes á suspender la propaganda por la prensa.

sotros para que suavicemos los toques del pincel al trasladar al lienzo las móviles facciones del doctor Ramírez, que fueron ásperas y duras mientras estuvo redactando *El Siglo*.

Ahí está en su oficina escribiendo un artículo fulminante contra la invasion del general Flores. La pluma corre con soltura sobre el papel, y las carillas se suceden unas á otras tan rápidamente como las impresiones del periodista. Pero advertid una cosa; antes que vengan las pruebas á la corrección, ya habrá mandado á Buenos Aires la proclama y el manifiesto justificativo de esa revuelta que condena en su diario.

¿Ha cambiado de pluma acaso para escribir producciones tan opuestas? No; la misma que le ha servido para redactar el artículo condenatorio, le ha servido tambien para trazar el documento panegírico.

Contempladle mas tarde tejiendo una corona cívica y orlando con ella la frente inmaculada de don Lorenzo Battle. Leed sus artículos en favor del Presidente de la República, colmados de laudatorias y de incienso.

Os habeis empalagado con los elogios que le tributa al magistrado supremo? Pues bien, hojead *El Siglo* del dia siguiente, y ya vereis el cambio; ya vereis que la guirnalda de flores se ha convertido en corona de espinas, y al Dios Olímpico de la patria caido de su elevado pedestal.

¡Qué amarga bebida ofrece el periodista al labio del Presidente, despues de haberle hecho paladear miel y néctar! ¿Habeis leido las censuras que le dirige? Así como los aplausos no tienen límite ni embozo.

Hay algo mas fresco todavía. Seguid hojeando *El Siglo*.

Vedlo como levanta por las nubes la administracion de don Tomás Gomensoro. «En seis meses (habla el doctor Ramírez) ha hecho mas por el país que los gobiernos blancos en diez años. Es magistrado íntegro, recto gobernante, ciudadano austero, inteligencia modesta, celoso guardián de la Constitucion y de las leyes, desinteresado pacificador de la República, y esperanza cumplida de la patria».

¿Habeis leido? Pues los elogios que le tributa á don Tomás Gomensoro son ilimitados.

Estamos escribiendo historia; oid. Aun no se ha secado completamente la tinta sobre el papel donde el periodista consignaba tan estupendas alabanzas. Pero eso era ayer; hoy.... ya es otra cosa..... hoy; acercaos á la mesa de redaccion y leed:

«Gomensoro, Pereira!—conculcadores de la soberanía popular, escarnecedores de las libertades públicas, usurpadores de los derechos individuales, violadores de la Constitucion y de las leyes! Protestamos con la energía del escritor independiente contra las infracciones del Código fundamental; contra los escándalos inauditos cometidos por el Presidente Provisorio. Protestamos, en nombre del honor y de la patria, con la franqueza y lealtad del hombre honrado, contra el magistrado supremo que, convirtiéndose en poder electoral, ha impedido el triunfo de los buenos elementos de la República; (se refiere á los conservadores) y marcamos con el sello de la reprobacion nacional la frente del ambicioso vulgar, del gobernante desleal, del Presidente de las tres mentiras—*Verdad, legalidad y justicia.*»

La misma mano ha escrito artículos tan contradicto-

rios mediando apenas un intervalo de ocho meses entre ambos.

En el primero se le regalan al hombre público encomios inmerecidos por lo exagerados; y en el segundo, abultando las faltas, se le arroja á las cloacas de la prostitucion politica. En ambos escritos se distribuye á manos llenas, sin la justa medida, el vituperio y el aplauso, la ambrosia y el veneno. No hay en ninguno el *in medio veritas* sensato.

Porqué? Ah! es que para el doctor Ramirez no habia distribucion equitativa en el elogio ó la censura. Feliz de quien mereciese el primero! Desgraciado de aquel que cayera bajo los golpes de su ira! Mientras el uno gozaba anticipadamente las fruiciones del paraizo, el otro se retorcia sobre un lecho de brasas como la víctima de la barbarie de Cortés.

Cuando el pueblo leía las producciones tan opuestas del escritor de *El Siglo*, se preguntaba: ¿*qué móviles* obedece un hombre que de manera tan desatentada corona hoy á sus amigos en el Capitolio, para despeñarles mañana de la roca Tarpeya? ¿Porqué tan repentinias y frecuentes metamórfosis?

Y cada vez que un pacifíco habitante de la *reconquistadora* ciudad de San Felipe tomaba *El Siglo*, y leía en un editorial anatematizado hoy lo que ayer había sido exaltado hasta el séptimo cielo, devanábase los sesos para explicarse el *salto mortal* verificado por el periodista, con la ajilidad del acróbata mas diesbro.

Entraban entonces los comentarios, y cada cual los hacia á su modo, segun su saber y entender.

Sus adversarios pensaban que las repetidas mudanzas ocurridas en las ideas del periodista, respondian á su

amistad ó á sus ódios, nunca á un sentimiento de justicia.

—Obedece á las conveniencias de su ambicion, decian otros, pues va buscando un ministerio que le sirva de escafel para subir al sillón presidencial.

—Obedece á los dictados de su conciencia, exclamaban los menos; pero es sensible que se deje arrebatar por su naturaleza impresionable ó su talento irreflexivo, cayendo en inconsecuencias tan chocantes.

Siendo tan variadas las apreciaciones que se hacian respecto del móvil y de los fines que inspiraban el ánimo del doctor Ramírez; ¿con quienes debemos estar nosotros?

Opinemos con los últimos, diciendo que el escritor se dejaba llevar por los impulsos de su conciencia, *sancta sanctorum* del hombre, inviolable para los profanos. No alcemos, pues, el velo que cierra la entrada del sagrario.

Creamos á los menos, lamentando tambien las versatilidades y contradicciones en que incurria el apóstol de la opinion, que á menudo cedia el paso al partidario intransigente, permitiendo que la pasion política usurpara el lugar del frio razonamiento en las columnas de *El Siglo*. (4)

Nos extenderíamos en otros pormenores si el doctor Ramírez no hubiese muerto para el mundo de la prensa, dejando como único recuerdo de sus glorias su cadáver político.

Si lo hemos exhumado un instante ha sido para que

(1) Daremos otra prueba de la inconsecuencia de opiniones del doctor Ramírez. Para recibirse de bachiller ó de doctor presentó la tesis de costumbre. En ella sostenia, (oh! increible aberracion en un hombre de talento) *la pena de muerte*. Al poco tiempo, arrepentido, cantó públicamente la palinodia.

el pueblo pronunciará sobre él, reproduciendo una ceremonia memorable, el juicio á que estaban sujetos los reyes del Egipto.

Hecha la historia del periodista, que falle el pueblo. En cuanto á nosotros, volvemos á colocarlo en la tumba deseando que la tierra le sea leve.

Sin embargo, antes de terminar su bosquejo estamos en el deber de agregar algunas palabras mas, que, á guisa de corona fúnebre, pondremos al pie de su retrato.

En este escritor se cumplió la ley fatal que persigue á los apóstoles del pueblo, verdaderos ó falsos, en su *providencial misión*. Larga fué su carrera, numerosos sus triunfos, espléndidos sus comienzos, y estruendosa e incomparable su caída.

Y he aquí que sin quererlo se nos ocurre otro símil entre el doctor Ramírez y el genio mas notable de la humanidad. Nos referimos á Jesucristo, con perdón de la Curia eclesiástica.

Hay varios puntos de contacto entre uno y otro. Por ejemplo, el doctor Ramírez tuvo como el hijo de María la vulgarización de las ideas democráticas por principios ostensibles de su propaganda, la palabra por medio, y por fin.... aquí acaba el paralelo.

Ambos bebieron hiel y vinagre en su Calvario, con la diferencia siguiente: Jesús apuró las heces del martirio para ascender á la gloria; el doctor Ramírez gozó primero la gloria y después sufrió el martirio. Cuando llegó á la cumbre de su grandeza entre las ovaciones y palmoteos de sus sectarios, entonces ocurrió la catástrofe.

Vanidad de las cosas humanas! El vértigo de las alturas le perdió. Cegado por el resplandor de sus éxitos, pi-

sando ya la cumbre de su Thabor, quiso avanzar todavía, y dió un paso adelante. Allí estaba el vacío.

Cuenta la fama que al dia siguiente le encontraron unos viageros al pie del monte, con el rostro desfigurado, rota la pénola y un ejemplar de *El Siglo* en el bolsillo. Ni un prosélito cerró los ojos al difunto!

Manos indiferentes la abrieron una modesta fosa, amortajáronle con su diario, le cantaron el *gori-gori* y le cubrieron de tierra. *Sic transit gloria mundi!*

El doctor Ramírez desempeñó una misión diplomática el año 1872, cuando los arreglos de paz. El país entero conoce los sucesos de la época y la conducta observada por el ministro oriental. El papel que hizo en esos momentos solemnes para la patria, no fué verdaderamente grande ni nacional, porque se mostró más partidario que patriota, más amigo de sus amigos que del país.

Su conducta, poco antes de la misión diplomática, dió márgen á que su tío el doctor don Manuel Herrera y Obes le dirijiera públicamente una carta, en la cual, á consecuencia de cierto abuso de confianza imputado al flamante ministro de que tratamos, su tío le vaticinaba un fin sanguinario. ¡Ojalá no llegue á realizarse nunca la profecía del pariente!

El doctor Ramírez tuvo un duelo con el orador de Ginebra D. Héctor F. Varela, en el cual, felizmente para ambos, corrió tinta en vez de sangre, pues el duelo fué por escrito. Y eso que se insultaron como mujeres de mala vida, tirándose los trapos sucios á la cara!

Nadie extrañó el desenlace de la cuestión, porque bien sabido era, antes que lo dijéramos nosotros, que el doctor Ramírez no tiene de César otra cosa que la calva; y en

cuanto al señor Varela, por mas que se llame Héctor, se le parece tanto como un huevo á una castaña.

Por nuestra parte siempre nos felicitaremos de que los desafios no pasen de palabras, no solo por ser ellos un resabio de la barbarie antigua, que conviene abolir á todo costo, sino tambien porque, como en el referido, hacen luz sobre muchas materias.

Para terminar de un modo imparcial el retrato del hombre público, recordaremos que ha presentado importantes proyectos á la Cámara, y ha pisado por lo comun en buen terreno.

Tambien merece consignarse en nuestro libro que el doctor Ramírez renunció las dietas de representante, en favor de la instrucción pública del departamento de Maldonado, disponiendo que con el importe de sus sueldos se construyese un colegio para niños.

Este ejemplo debia tener imitadores, y merece sinceros aplausos. Cumplimos un deber tributándoselos al doctor Ramírez.

No puede cerrarse mas dignamente el retrato del orador de la Cámara de Diputados.

EL DOCTOR D. JULIO HERRERA Y OBES

Corría el año de 1872.

Era el tiempo de las *grandes* miserias políticas y de las escandalosas maniobras electorales; era el tiempo de las claudicaciones vergonzosas y de las prestidigitaciones de *mágica negra*, en que trabajaron como peritos en el arte, con mas habilidad que la desplegada por Herman en sus juegos de mano, muchos conspicuos personajes del gran partido liberal.

En ese tiempo el partido principista-blanco (nacionalistas) y el partido principista-colorado (conservadores) estaban como perro y gato, e igual divergencia existia entre los candomberos de ambos colores. Hoy principistas de uno y otro pelo y candomberos de uno y otro bando, están á morder en un confite.

En aquella época, *El Siglo* opinaba que debia eliminarse de los Registros Cívicos el nombre de los que militaron bajo la bandera de la revolucion en la guerra

ra de los nueve años, en represalia ó á pretesto de que los nacionalistas habían tachado, con sobrada justicia, mas de mil inscripciones fraudulentas hechas por sus enemigos y aceptadas como legales por los Jueces de Paz Rovira y Plá; inscripciones, digámoslo de paso, que permanecieron sentadas en los Registros y pasaron como buenas en las votaciones subsiguientes, por haber sido levantadas en masa las tachas que tenían, aunque sin justificativos de ninguna especie.

Durante esa época de doloroso recuerdo un miembro del Tribunal de Justicia mandaba que, *bajo su responsabilidad*, inscribiese un Juez de Paz á cierto número de individuos, cuyos nombres le enviaba en una lista escrita de su puño y letra. (1)

¡Qué tiempos aquellos de exaltación y de entusiasmo rojo! Sigamos historiándolos.

Las proclamas béticas seguían á los ardientes manifestos; y en la prensa, en las regiones oficiales, en el hogar y en el Foro, las pasiones políticas llegaban á su mas alto grado. Tanta efervescencia daba escalofríos al alma.

El Siglo, La Tribuna, Los Debates, entonaban el *Gloria in excelsis* á sus amigos y pedían *autos de fé* para sus contrarios. Un periódico sobresalía entre todos los diarios situacionistas por sus *agudas* notas, como sobresale entre el coro de los espíritus malignos la voz del rey de las tinieblas; ese periódico era el *Toque de alarma*, calificado de *Toque á degüello* por la gente sensata.

(1) Sentimos no conocer el nombre del camarista para hacerlo público. En cuanto al hecho véanse los diarios opositores de la época que lo denunciaron sin ser desmentidos.

Este órgano genuino de los acérrimos partidarios del *tripotaje* chorreaba sangre desde sus columnas, pregonando el exterminio de sus adversarios políticos.

El Registro del inolvidable don Manuel Rovira (a) Gato, arrojaba diariamente innumerables abortos de la raza felina, con fecundidad nunca agotada. Jamás se había conocido, desde la era de nuestra libertad, un Registro tan prolífico y un Juez de Paz tan *bonachon* con sus hermanos en ideas.

Ese Registro era un repugnante semillero de viscosidades; era un continuo paridero de gatitos y de fenómenos gatunos. El vientre del gigantesco gato resolvía el problema del movimiento perpétuo, pues apénas daba á luz un monstruo, ya se encontraba embarazado y en aptitud de expeler nuevos engendros.

Allí, en el cuarto del *parturiente*, reinaba una barahunda insoportable. Maullaban los gatitos, vociferaban los rabiosos, reclamaban los blancos. Pero el Juez de Paz impertérrito, permanecía sordo á las reclamaciones de sus enemigos políticos, y, sentado en medio de su numerosa prote, la contemplaba con cariño y magestuosa gravedad. Parecía al venerable Príamo rodeado de sus hijos y su pueblo. Oh! memorable Manuel Gato! El conjunto de la popular algazara, la música estrepitosa y discordante que repercutía en la habitación de los alumbramientos, sonaba en las orejas coloradas con la suavidad de un coro angélico de inimitables melodías.

¡Qué tiempos aquellos de exaltación y de entusiasmo rojo! Sigamos historiándolos.

Desde lo alto de su sillón presidencial, don Tomás Gomensoro, el hombre de las tres mentiras, se declaraba *partidario claro, neto y definido*, y desde lo bajo traba-

jaba sin declaracion ninguna, de una manera tambien *definida, clara y neta* como un ambicioso de la peor especie, para realizar sus aspiraciones á la Presidencia.

El coronel Pagola, Jefe Político de Montevideo, guardaba debajo de llave en las cajas de la Policía las balotas de inscripcion de sus subordinados, con la intencion mas inocente sin duda, tal vez para evitar que se perdieran; cuyas balotas pesaron despues en la balanza de las elecciones mas que la espada del Breno en los destinos de Roma.

Un jefe candombero se jactaba de haber hecho resucitar trescientos muertos al solo objeto de ganar la eleccion en su distrito, dejando como un niño de teta á Jesucristo que no resucitó ni la centésima parte; y el Club Colorado reunido en el Alcázar Lirico, quizá por analogía de costumbres coreográficas, celebraba sesiones tumultuosas á puerta cerrada, que, para mayor seguridad, guardaba un centinela con cinta roja en el sombrero, cuya consigna no permitia entrar á nadie sin que exhibiera la contraseña de partido.

En esas juntas democráticas hasta la demagogia, los Carve, elocuentes tribunos, electrizaban al auditorio pronunciando arengas que eran verdadera *bala roja* disparada contra sus adversarios indefensos; los Bauzá derramaban bálsis y sangre, por padecer del pecho y los pulmones, á cada frase energica que dirigian á las huestes congregadas en el Alcázar; y don Pablo De-María, flamante hijo legal de la República, inspirándose en las grandes tradiciones de la patria adoptiva, llegaba al apogeo de la oratoria revolucionaria empleando terribles imágenes en sus discursos. Era cosa de espeluznarse de miedo.

Que émulo digno de Danton se mostraba el novel ciudadano oriental, en algunas de sus metáforas sublimes!

¿No merece especial mencion una frase que, poco mas ó menos, empieza *con el hirviente fuego de la artillería de la palabra*, sigue con *que la bandera troyana de los adalides flotaría con honra en la electoral homérica batalla*, y termina asegurando á los prosélitos que *una espléndida y memorable victoria, descendiendo del cielo de los tibres, coronará la frente alta de los épicos vencedores?* Qué asuencia y galanura de estilo! Ni en la famosa Universidad de Córdoba se hallarian reunidas en tan pequeño espacio tantas *imágenes* grandiosas; y eso que en Córdoba las imágenes abundan como la mala yerba en otras partes. Cada cordobés tiene la suya, como en Lóndres su collar cada perro. Apeñamos al Dr. Narvaja.

Esa eloquencia de campamento, que *saltaba* de los labios del novísimo atleta conmovía el corazón de quienes lo escuchaban, aunque la mayoría de los concurrentes estuviera en Bibia durante la peroracion.

Mas luego de finalizado el discurso ¡qué ovaciones recibia el orador ex-argentino!

Aquello no era un torrente de aplausos, porque eso hubiera sido pequeña recompensa para tanto mérito. Era algo mas; era el éxtasis del público llevado á su última expresión—el abobamiento.

Así quedaban los espectadores, con la boca abierta y babeando, lo mismo que canes atacados por la hidrofobia, ante el insignie tribuno. Despues de terminados los discursos, salian á la calle respirando con ansia el aire fresco de la noche para aliviar sus pulmones del carbono que habian bebido en la pesada atmósfera del Alcázar; pero sa-

lian tambien sedientos de sangre y jurando, á imitacion de Aníbal, guerra y muerte á sus contrarios.

Otras veces del Alcázar se dirigian en pandillas, acaudillados por sus corifeos, á la cancha de Valentín, cuartel general de las orgías candomberas y plagio grosero de la célebre cancha de pelota de la revolucion francesa.

Marchaban á ese sitio para coronar la obra principiada en el Alcázar Lírico.

Nadie faltaba á la fiesta; principistas y netos, es decir, conservadores y colorados, todos se revolvian en la misma pocilga. Aquello era como la danza obscena despues del banquete crapuloso; era la mezcla impura de los principios y de los intereses, el abrazo de las vírgenes y de los libertinos, la fusion de las buenas y de las malas ideas; era algo así por el estilo del Maelstrom—un horrible sumidero donde se hundian las conciencias y flotaban las conveniencias personales, menudísimos restos de un gran naufragio moral.

Bailábase, pues, can-canfurioso en la cancha de Valentín en la época á que nos referimos. La puerta del salón estaba cerrada, y por su parte interior la guardaban centinelas.

Un dia, cuando la fiesta se hallaba mas animada, sonaron tres suaves golpecitos en la puerta.

El general Suarez, que á pesar de su gravedad y de sus años zapateaba frente al coronel Flores, al escuchar un ruido inesperado, quedó con un pie en el aire á la manera de las grullas. Los danzantes interrumpieron el *Orphée aux enfers* empezado, y cada uno hizo los comentarios del suceso en medio del silencio mas profundo.

Un instante despues la puerta volvió á transmitir los golpecitos. Entonces Goyo Suarez, viejo lobo guerrero, man-

dó una partida á descubrir el campo, y renovó á los centinelas la órden de romper el fuego si los que se anuncian eran enemigos.

Don Amaro Carve, sosteniéndose en equilibrio sobre un banco roto, preparó el ánimo de las fuerzas candomberas ceceando una arenga propia de las circunstancias; el Dr. Vilaza, superándose á sí mismo, abrió la boca y expresó dos ideas en cuatro barbarismos, y el oficial de la partida descubridora, sin abrir la puerta, dijo con acento firme:

—¿Quién vive?

—Patria.

—¿Qué gente?

—Colorada.

—¿Qué regimiento?

—Amigos. Abra la puerta.

—Mamolás, digan primero el nombre del regimiento á que pertenecen.

—Somos jóvenes decentes y queremos divertirnos. Pase un avisito al jefe.

—Mi general, gritó el oficial desde donde estaba. Los que acaban de golpear son unos mozos decentes que desean divertirse. Abro la puerta?

Al oír la concurrencia lo de *mozos decentes*, frunció el ceño. Las tres cuartas partes de los bailarines pertenecían á los arrabales.

—Que digan sus nombres, refunfuñó el ex-ministro de D. Lorenzo Batlle, estirando desmesuradamente el grueso labio inferior.

El oficial volvió á entablar el diálogo:

—¿Cómo se llaman ustedes?

—Déjese de tantas fórmulas que somos viejos amigos.

—No hay tu tia; ó dan sus nombres ó se quedan á la luna de Valencia.

Los mozos decentes no respondieron al pronto. Parecía que vacilaban en descubrirse; pero amenazados de nuevo por el oficial dieron sus nombres.

—General, dijo el cancerbero volviéndose á la concurrencia; los señores que han golpeado son los doctores don Pedro Bustamante, don José P. Ramirez y don Julio Herrera y Obes. ¿Les franqueo la entrada?

Oír los nombres de *los mozos decentes* y pintarse en el rostro de los bailarines la señal del disgusto, fueron dos cosas simultáneas. Ya iban los concurrentes á echarlos con la música á otra parte, cuando don José C. Bustamante y varios otros se interpusiesen en su favor, logrando que la asamblea les permitiese participar del fes-tival.

Abrióseles la puerta y penetraron al salón los recien venidos haciendo corteses reverencias y lindas piruetas acrobáticas para congraciarse con la reunión. Don Julio Herrera y Obes fué quien se llevó la palma en el arte de doblar con gracia la espina dorsal. No faltó un chusco que dijese había estudiado la materia en Uruguayana entre los palaciegos de don Pedro segundo, perfeccionándose mas tarde en Rio Janeiro, durante su estadía como enviado especial del Dictador.

Dirigióse hágia el coronel Pagola dando saltitos, estrechóle la mano cariñosamente, y en seguida, cojiéndole del brazo, comenzaron á pasear por en medio de los grupos, donde ya se habían hecho lugar los doctores Bustamante y Ramirez.

Despidámonos de estos, que ya principiaban sus ga-

lantes conquistas, y sigamos al que es objeto de nuestros rápidos perfiles.

El doctor don Julio Herrera tan pronto se inclinaba ante el general Suarez dándole el dictado de *ilustre vencedor en Severino*, como saludaba á don José C. Bustamante calificándole de *robusta columna de la patria*.

Como el actual redactor en jefe de *El Siglo* goza fama de malicioso y burlon, los señores Suarez y Bustamante recibian con reserva sus elogios, no sabiendo si tomarlos al pie de la letra ó en sentido epigramático.

Conocíase que el primero estaba un tanto hosco por causa de cierta biografía picante que lo hizo el doctor Herrera durante la administracion de don Lorenzo Battle, siendo Ministro de la Guerra el *vencedor en Severino*.

El doctor Herrera comprendió el disgusto de su héroe. Fingiendo un aire cándido, dejó el brazo del coronel Pagola para hacerse aparte con don Goyo. Luego, con un tono melodramático, pasándose la mano por los cabellos, empezó un cumplimiento en regla, en pos del cual entablóse el diálogo siguiente, que nos fué referido por la musa de la historia.

—General, demos al olvido los recuerdos fatales. Vd. sabe que una pequeña nubecilla no enturbia eternamente la claridad del cielo. Adivino su mal humor, pero confieso que estoy pesaroso por habérselo causado. Yo era muy jóven aun cuando trazé á vuelta pluma los principales hechos de su vida militar y política. Tal vez exageré algunos. Pero olvidemos el pasado para contraernos al presente. Aquellos tiempos.... ah! cuanto diferian de los actuales! Entonces, vos y otros, esto es, las dos fracciones de nuestro gran partido, estaban solas en el campo haciendo un patrimonio exclusivo de esta tierra.

Hoy hay un tercero en discordia, y ese tercero es el partido blanco. Es menester, pues, que por patriotismo, por deber, por conveniencia propia, nos unamos contra el comun enemigo. Yo, á pesar de todo lo malo que he escrito á su respecto, no dejaré nunca de reconocer los ilustres servicios que ha prestado á la nacion y al gran partido de la libertad el vencedor del Sauce.

A este recuerdo, traído oportunamente á la conversación por el doctor Herrera, el general dilató las ventanillas de la nariz como si aun quisiera embriagarse con el olor de la sangre vertida en aquel horrible campo de batalla; tendió la mano al perorante, pero sin desarrugar el ceño, murmurando:

—Al fin me han de hacer justicia.

—Y completa, general. Por mi parte repito que fuí algo ligero en mis apreciaciones y desde ahora le ofrezco mi amistad sincera y leal. No olvide Vd. que si hemos desarmado al enemigo el 6 de Abril, no lo hemos vencido enteramente. Preciso es que en los comicios futuros ratifiquemos la victoria ganada por Vd. el 24 de Diciembre. A los blancos dejarles siempre en blanco. Esa es la mejor doctrina.

—Sí, sí, contestó el general.

Siguieron hablando larga y minuciosamente los interlocutores, hasta que, por último, el general Suárez de buena ó mala gana invitó al doctor Herrera á bailar *un cielito*. Este aceptó la invitación de su héroe biográfico.... y desde entonces se perdió entre los grupos de los bailarines....

Pasado algun tiempo apareció flotando sobre las olas populares con las *balotas falsas* de Pagola en la mano derecha y asido con la izquierda á una de las tablas de su

barquilla, que había naufragado en un choque de los principios contra los intereses.

Puesto el pie en tierra firme, ó como si dijéramos sacado á tirabuzón de las urnas electorales, dió un salto hasta la Cámara de Diputados, desde cuyo sitio lo expomos al público.

El doctor Herrera y Obes es jóven, de bastante talento y de simpática figura. Su instrucción no es tan sólida y profunda como algunos de sus amigos lo pregonan; pero tiene la suficiente para no encontrarse nunca apurado y aun salir airoso si lo pusieran á prueba. Posée más inteligencia que ciencia, más inventiva que erudición—He ahí un verdadero elogio.

Desde el año 1863 ha desempeñado varios empleos públicos. Acompañó al general Flores, en clase de Secretario, á la memorable guerra del Paraguay, aceptando y defendiendo la alianza inmoral de dos repúblicas y un imperio contra una república hermana.—Ignoramos la época y los motivos de su retirada del ejército aliado; pero nos consta que la verificó mucho tiempo antes de concluirse la guerra.

La Tribuna creyó ver algunas sombras en la conducta del doctor Herrera, mientras este desempeñó la Secretaría dictatorial; pero el diputado principista ha sabido desvanecer las dudas que pretendió sembrar aquel periódico.

Siendo redactor de *El Siglo* combatió las arbitrariedades y absolutismo de D. José C. Bustamante, *fac-totum* en esa época del gabinete de don Lorenzo Batlle. A la par de don José P. Varela, don Carlos M. Ramírez y otros ciudadanos que hicieron la oposición al poder, condenando los excesos políticos á que se entregaba, instigado por el

Ministro de Gobierno, fué primeramente arrojado á los cabozos del Cabildo y deportado despues á Buenos-Aires. Don Bernabé Herrera, diputado entonces, votó por el destierro de su hermano y de los otros escritores independientes.

El señor Gomensoro lo hizo Ministro de Relaciones Exteriores. Durante los pocos meses que estuvo en posesion de la cartera sudaban los empleados del Ministerio, porque el doctor Herrera y Obes imprimió al despacho una actividad inusitada. Notas por esto, decretos por aquello, oficios aquí, órdenes acullá, remocion de cónsules, rechazo de reclamaciones diplomáticas, supresion de privilegios onerosos para el Estado, misiones al Durazno, viajes al Salto, discursos en la calle y en los banquetes; vamos, durante el corto tiempo que el doctor Herrera y Obes dirigió la Secretaria de los Negocios Extrangeros, hizo todo lo que pudo *en su servicio*, esto es, en servicio de la nacion.

Como periodista serio vive en la atmósfera de las ardientes polémicas, y como escritor satírico tiene contados rivales en la República. Su pluma reune á la malicia de Figaro, el desenfado de Figueira y la rudeza de Quevedo. Sus artículos, condimentados con sal gruesa y pimienta, son un plato agrio al paladar de quien tenga que tragárllos. Puede reprocharsele la demasiada personalidad.

Segun la frase de don José C. Bustamante, nuestro personaje subió á la Cámara en brazos del candombe, al que ha fajelado duramente antes y despues de la elección. Pero en las angustias del parto el doctor Herrera dejó tranquilo al monstro, temiendo quizá que devorase su candidatura.

Como orador parlamentario ha quedado muy atrás

de las esperanzas que había hecho concebir. Sus discursos son largos, difusos, pesados & indigestos. Uno que otro rasgo elocuente campea en ellos, pero, á manera de luciérnaga, su fosfórica luz no esparsce calor ninguno.

La mayor parte son áridos como una disertación algebráica nacida entre los dolorosos esfuerzos de una vigilia trabajosa, y tendrían la insufrible monotonía del desierto si le saltaran los pequeños oasis, que no son en los discursos del doctor Herrera y Obes un grupo de verdes palmeras reflejándose en manantiales cristalinos, sino unos pelados arbustillos de pálidas hojas y de frutos que escuecen la garganta.

Por consiguiente, en los labios de nuestro diputado no brillan esas imágenes que seducen por los suaves toques, ni salta de ellos la frase en corte rítmico, resonando melodiosamente en los oídos; ni tampoco asombra la magnitud del pensamiento, vaciado en una forma poética. Todo lo que de vez en cuando suele esmaltar la prosa del doctor Herrera es una chispa que abrasa el rostro de sus contrarios, fugaz relámpago que desaparece apénas fulgura, ó un tiro burlesco que va rozando la tierra hasta chamuscar la epidérmis del enemigo y producir la hilaridad del auditorio.

No tiene el poder de una improvisación vehemente, ni una elocuencia vigorosa, ni un tono de voz que haga vibrar el alma de los espectadores; escasa de fuego es su palabra y no hay completa coordinación en sus ideas.

Amigos íntimos del doctor Herrera dicen que trabaja sus discursos en el recogimiento del retiro, que llega á la Cámara conservándolos impresos en la memoria, y que, desde su asiento, á modo de escolar despejado, recita la lección que ha aprendido en su casa.

Creemos que hay mucho de positivo en este aserto, pues poca naturalidad demuestran tener las arengas del doctor Herrera y Obés, por mas que él pretenda hacernos comulgar con ruedas de molino. Su oratoria se resiente de frialdad y amaneramiento; es mas declamada que sentida, mas narrada que puesta en acción con la viveza de un cuadro improvisado.

No todos los hombres inteligentes tienen la pasmosa facilidad de Metastasio para producirse instantáneamente sobre un asunto cualquiera, surjido al choque de los debates; ni el don de Méry para envolver sus pensamientos en sutilísima red de oro y plata. Esto no acusa carencia de talento, sino poca costumbre parlamentaria. Respecto de inteligencia, ni sus enemigos se la desconocen al doctor Herrera, y sus artículos de diario son una prueba de que la posée. Ahora, en cuanto á la elocuencia tribunicia, á nadie puede culpársele por no haber nacido repentista admirable.

Los poetas y oradores nacen ya oradores y poetas. Poesía, oratoria, música, pintura, cuatro manifestaciones de lo bello, parecen innatas en el hombre. Las reglas no son mas que el arte. El genio es otra cosa como dice el bardo; el genio *est un don des immortels*, y no lo dan las reglas. El doctor Herrera es solamente un joven de talento, no hallándose como diputado á la altura de su reputación de periodista. Sentiremos que este juicio imparcial le mortifique.

Los chascarrillos, los cuentos, las ironías, la volubilidad chistosa, no dan títulos de verdadero orador al que los use. Demóstenes, Ciceron, Mirabeau, Castelar, no hubieran sido lo que son—celebridades universales—si hubiesen hablado siempre como el doctor Herrera y Obés.

Sin embargo sus chistes gustan á la Cámara, y son preferidos á sus períodos sérios por los concurrentes. La humanidad honra mas á Demócrito que á Heráclito. Así es que cuando nuestro representante viste al doctor Velazco con el traje de un aristócrata del tiempo de Luis quince, ó sea con casaca de largos faldones y grandes bolsillos, peluca empolvada, pantalon ajustado á la pierna, medias largas de seda y zapatos con hebilla; y cuando á este traje le agrega un gorro frigio, colocándoselo á lo compadrito en la cabeza del doctor Velazco, sus colegas se rien y el público lo aplaude, no porque el doctor Herrera haya copiado con exactitud al original, sino únicamente por el disfraz ridículo con que lo atavia y el chocante contraste con que lo remata.

El público tambien aplaude y los diputados se rien cuando el director de *El Siglo* aconseja al señor Soto que haga con sus libros de Economía Política lo que hicieron el cura y el barbero con la biblioteca de Don Quijote, para evitar que siga el mismo camino del héroe de Cervantes.

Verdad es que estos rasgos satíricos prodigados en sus argumentaciones por el doctor Herrera, divierten al auditorio á costa de las víctimas; pero tambien es verdad que no llegarán á conseguirle patente de orador de primer orden.

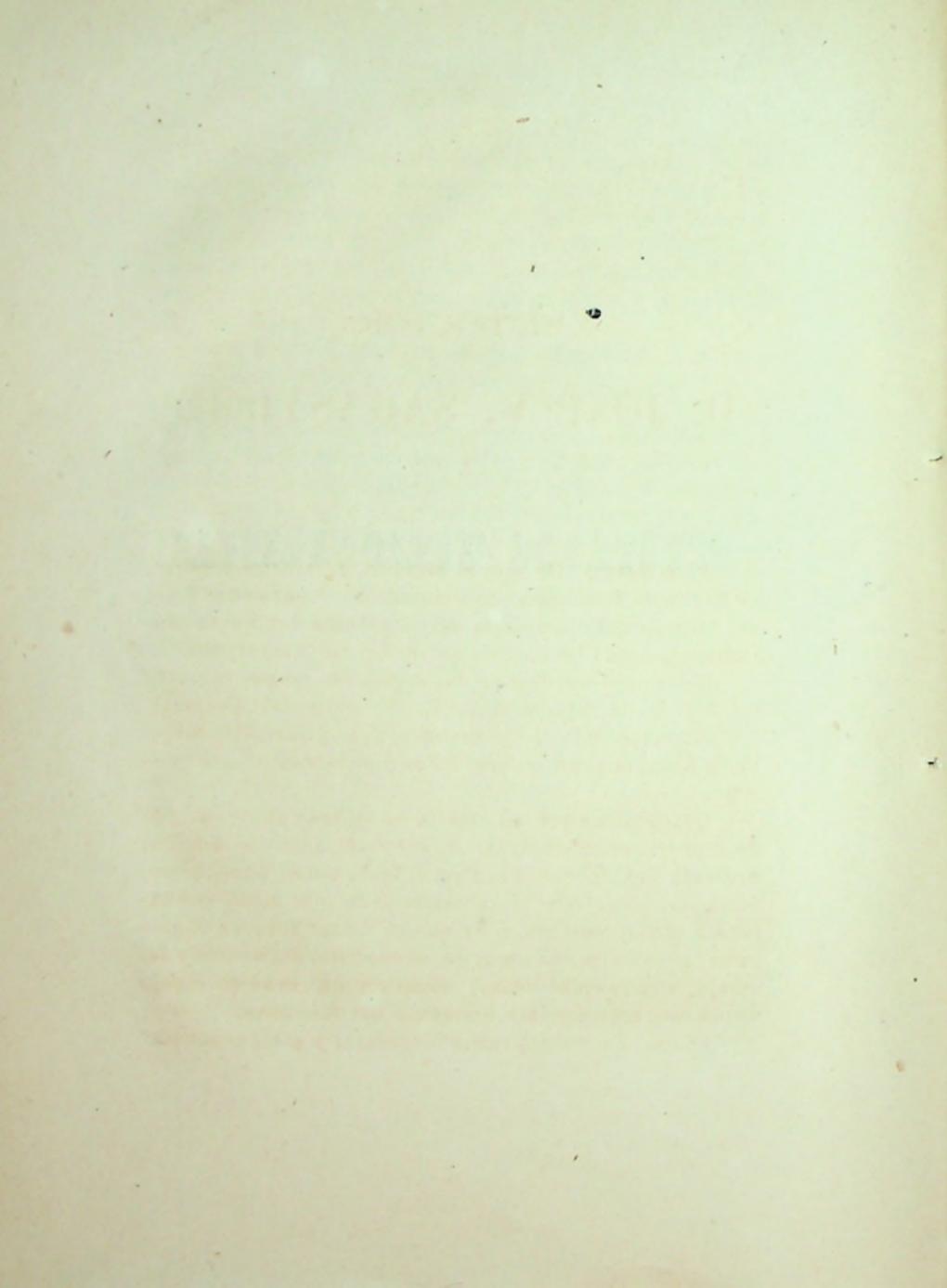
Hacer reir al público no es convencer al contrario, ni burlarse del enemigo es ganar una batalla campal. Pero la sátira es el caballo de madera del doctor Herrera; y cuando se vé estrechado por un adversario audaz, ó quiere evitar una respuesta comprometedora; cuando le faltan argumentos para llevar el ataque ó razones para contestar al fuego, entonces gana su caballo de madera, apoderándose de Troya con armas de dudosa legalidad.

Nadie en la Cámara le disputa la supremacía en el manejo del látigo de Juvenal. Si nuestro personaje no castiga *instruyendo*, golpea *deleitando*, y sabe hacerlo con oportunidad. El orador no quiere olvidar sus primeros pasos en la vida del periodismo y toda vez que le toca disparar la piedra, es el mismo escritor festivo y mordaz de *El Chubasco*.

Con tal de obtener un aplauso, descarga la mano sobre su mejor amigo, sin decir *agua va* para que se prepare a recibir el golpe.

Diremos para finalizar este retrato que el doctor Bustamente es el Mirabeau de nuestra Cámara; Vazquez Sagastume el Castelar siempre florido; Vedia el Demóstenes de las filípicas; Ramirez el Camilo Desmoulins, fluctuando entre impresiones diversas; Velazco el Catón de severo continente, y el doctor Herrera y Obes, Beaumarchais, Larra, Aristófanes, el orador del gracejo y de la burla, de la malicia y de la sátira. De aquí no pasará su gloria de tribuno.

DIPUTADOS NACIONALISTAS



EL DOCTOR D. JOSÉ V. SAGASTUME

Ecce Homo! He aquí el hombre, el tribuno popular, el Merlin de la Cámara de Diputados. Pongámonos fuera del círculo que domina la varita mágica del nuevo encantador, para librarnos de su influencia magnética.

Hasta aquí no alcanza la seducción de su palabra; no llega hasta aquí el canto de la sirena del Congreso. Así podremos trazar imparcialmente los principales rasgos de la fisonomía del orador, física y moralmente considerado.

Quisiéramos que su retrato no saliera pálido y frío de nuestras manos inexpertas, desmereciendo del original brillante que tenemos á la vista. Trataremos, pues, de esmerarnos en el trabajo, repartiendo de un modo conveniente el claro-oscuro, para que el doctor Vazquez Sagastume, al examinar la obra, quede contento del artista y del dibujo, viendo en el lienzo, como en un brañido espejo veneciano, reproducidas fielmente sus facciones.

Ahora, al estudio á moler los colores y graduar las tin-

tas. Pidamos inspiracion á los grandes maestros: al Ticiano su paleta deslumbradora, la frescura de toques á Vannucci, y la exactitud de perfiles al vigoroso Van-Dick; que si las fuerzas nos ayudan y el pincel responde á nuestros deseos, la semejanza tocarán los últimos límites del arte.

Retrataremos al doctor Vazquez Sagastume de pié sobre la tribuna, que es su trono ó su campo de batalla. Allí está en actitud caballeresca y adornado con los símbolos del númer de la oratoria. Aun no ha hablado, no ha emprendido la lucha todavía, y ya cuenta con la mitad de la jornada, pues su aparicion ha impresionado favorablemente al público.

Porqué? Lo diremos. Existe un fenómeno misterioso, cuyos efectos se palpan y la causa no se esplica; una especie de ley psicológica á que el espíritu obedece, la cual nos hace admitir ó repugnar de nuestra simpatia, al primer golpe de vista, á un individuo cualquiera.

Este impulso del alma,que nos atrae ó nos aleja de un sujeto sin que comprendamos el motivo, obra con mas ó menos intensidad en todos los hombres. Hay naturalezas felices que agradan desde luego; otras hay que producen una repulsion instantánea. El hecho es evidente, aunque la razon permanezca ignorada.

El doctor Vazquez Sagastume pertenece al número de los afortunados, y apenas se presenta ante una reunion social ó política, el público se siente subyugado por su aspecto.

Su estatura proporcionada, los músculos fuertes y flexibles de su cuerpo, su cabeza erguida y enclavada en unos hombros robustos, cabeza que revela talento, generosidad y elevacion de ideas, sin mas exámen frenológico que una mirada inteligente; sus movimientos vivos, que denotan

un temperamento nervioso e impresionable, llaman la atención de los concurrentes hacia el exterior del hombre.

Luego los perfiles regulares de su rostro, que refleja ora la calma de los recojimientos íntimos, ora la luz de los nobles sentimientos, ora el fuego de las patrióticas inspiraciones; su frente espaciosa y despejada, por cuyos surcos parece correr el pensamiento de las inteligencias poderosas; su semblante tan móvil y expresivo, que trasluce al exterior el interior del hombre, como una atmósfera transparente la belleza de los astros nocturnos; sus maneras elegantes, el sello de buen tono que lleva impreso en su persona, todo eso, carne y espíritu, naturaleza corpórea e intelectual, apareciendo á la vez en la semi-oscuridad de la Sala de sesiones, semejante á un relieve en el frontón de un muro, así como una figura de realce en el fondo de un cuadro, fijan primero la atención del concurso, despiertan en pos sus simpatías, y por último lo arrastran insensiblemente hacia el tribuno, que á poco lo domina desde la altura de su pedestal.

Hay en los aires, porte y modales del doctor Sagastume un tinte de urbanidad tan romanesco, un no sé qué de cultura social tan delicada, tanta gracia, altivez y distinción al mismo tiempo, que su naturaleza física no se adivina: se comprende, se lee de corrido como las *armas parlantes* de algunas casas nobles, cuyo emblema tiene una significación tan clara, que cualquiera lo conoce sin recurrir á los estudios heráldicos.

Ese aire de buena sociedad que respira el señor Vázquez Sagastume aumenta el prestigio de su persona; y el prestigio crece y se desborda, como un río salido de madre, transformándose en aclamaciones, cuando el tri-

buno con voz grave y sonora, con voz que llena el recinto de la Cámara, conmueve el corazón de los oyentes comunicándoles el entusiasmo de su propio corazón.

Una lluvia de flores ha caido ya sobre la cabeza del inspirado; de todas partes le han arrojado coronas al tribuno; pero entonces suena la campanilla del Presidente llamando al orden á la barra. El orador continúa su discurso en medio del silencio del auditorio, pronto á romper en aplausos á cada frase poética, á cada mágico período del improvisador poético.

¿Y cómo no aplaudirlo, á pesar de las indicaciones del Presidente? ¿Cómo escuchar con calma silenciosa las suaves modulaciones de esa garganta musical? Imposible es contener los ímpetus del alma, imposible dejar á las manos inactivas, imposible, en fin, permanecer mudos, fríos é indiferentes al oír la armonía qu' e exhalan los labios del doctor Sagastume.

Hay que prorumpir en vótores, saludar con hurras, arrojar una hoja de laurel siquiera al paso del tribuno, cuando este, parecido á los generales romanos que hacian rodar el carro triunfal por las calles de la ciudad eterna, seguidos de un séquito ostentoso; camina tambien como triunfador por entre los incidentes del debate, llevado en alas de su elocuencia prodigiosa, arrastrando un cortejo de brillantes pensamientos, de expresiones selectas y de esplendorosas imágenes.

Hay que aplaudir esa palabra que fluye natural y espontánea de un nuevo *pico de oro*; esa palabra nacida al impulso de una improvisación inagotable, fruto de una imaginación vivaz y fecunda como las tierras bañadas por el sol de las Antillas.

¡Qué ideas, estilo y sonoridad! ¡Qué seducción y lujo

de metáforas! ¡Cuánta galanura y propiedad en los términos! Y según el asunto, las circunstancias, la controversia, sea proposicion la que indique, sea defensa la que haga sea discurso que interrumpa; ya hable en tono humilde, ó levantado, ya en estilo serio ó festivo, su lenguaje culto y decente, su epígrama fino, su réplica moderada, su argumentacion basada en hechos, no desdicen jamás ni de la majestad del recinto, ni de los respetos al público, ni del decoro del Congreso, ni de la esmerada educación del improvisador galano.

Ninguno de los oradores de la Cámara actual posee la brillantez de lenguaje, ni la facilidad de improvisación del doctor Vazquez Sagastume. Tal vez existan inteligencias de vistas mas profundas, de concepciones mas vastas ó de razones mas sólidas; pero no hay imaginacion mas rica, ni palabra que esmalte con mas gusto la monotonía de un debate, ni orador que vista el pensamiento con tanta belleza de formas como nuestro diputado.

El doctor Vazquez Sagastume presta amenidad á los áridos problemas económicos, encanto á las prosáicas cuestiones aritméticas, cadencia á la ingrata articulacion de los números, flores, luz y reflejos á las oscuras deliberaciones de la Cámara. Es un pintor de grandes efectos, un maravilloso colorista.

Si en lugar de consagrarse al Foro hubiera bañado su númer en las aguas de la fuente Castalia, con que suavísimo poeta hubiese contado la literatura nacional, y cuántas rosas y laureles hubieran alfombrado su camino!

Que musa lírica la suya! A la armonía de Zorrilla, á los sublimes arrebatos de Píndaro, á la sentimental entonación de Espronceda, el bardo oriental hubiera reunido la

fulgurante poesía del cantor del Turia, del fogoso y malogrado Arolas.

En los tiempos de su juventud, cuando la sangre circulaba con más ardor e impetuosidad por sus arterias, el doctor Sagastume era el tribuno favorito del pueblo; la melodía de su dicción, lo pintoresco de su estilo, la soltura con que improvisaba, el entusiasmo de su palabra; sus años, su varonil hermosura, el fuego con que se producía, le rodeaban de popularidad inmensa entre la juventud contemporánea de los diversos partidos, nunca saciada de escucharle, siempre deseosa de aplaudirle.

En teatros, plazas y Parlamento el doctor Vázquez Sagastume era seguido de un concurso numeroso; jamás le faltó público, ni ovaciones, ni admiradores; jamás fué oido con indiferencia nuestro joven orador. Tan luego aparecía ante los concurrentes, que se disputaban el sitio más próximo al tribuno para escucharle mejor, *Ecce Homo, ahí está el hombre,* murmuraban todos saludándole con una salva de palmadas.

Desde la caída del partido nacional hasta 1872, ha habido un largo paréntesis en la vida pública de nuestro diputado, que, al igual de muchos hombres importantes de su comunidad política, ha permanecido fiel á su credo, á sus antecedentes y á la voz del deber, no mezclando su nombre y sus principios á los principios y el nombre de los personajes que durante ocho años hicieron de la República Oriental el ludibrio de los países de la América del Sud. En ese lapso de ocho años el doctor Sagastume vivió digno de la patria bajo el sol del extranjero.

La revolución de 1870, terminada por el pacto de Abril, abrió las puertas del suelo natal á los desterrados, devolviendo á los orientales todos el goce de sus derechos

políticos, que un partido intransigente había quitado á la inmensa mayoría desde 1865.

Al regresar al país el doctor Sagastume fué llamado por el voto de sus conciudadanos á ocupar el alto puesto que merecían su inteligencia, sus servicios y su honorífica conducta. El departamento de Canelones le nombró su Diputado. En el Congreso, amigos y enemigos reconocen sus cualidades de distinguido orador parlamentario.

Hoy no tiene el ascendiente fascinador de sus primeros días ; ya no es el Tirteo de la palabra, impulsando al combate á una juventud electrizada por sus inspiraciones ; pero conserva la nombradía de sus antiguos triunfos y aun retiene el título de orador popular con que le distinguen sus coetáneos.

Hoy es tal como le hemos pintado, el paladín apuesto de la Cámara, el Amadís de Gaula de las justas oratorias obsequioso y caballeresco con sus adversarios.

Cuando dispara el dardo del epigramma, el contrario solo siente un ligero escozor, no una profunda herida, y aun es muy capaz de agradecerle el tiro; con tanta habilidad y finura ha tocado en el blanco! Su palabra es parecida al arma del hijo de Peleo; si acaso alguna viene al enemigo con la punta, en seguida borra con el regatón hasta las señales de la herida.

Nuestro representante es el caballero armado de las buenas causas, siempre luchando en defensa de las grandes ideas, dispuesto siempre á romper una lanza en paso honroso por su Dios ó por su dama, es decir, por la patria y por la libertad. No busca la lid, pero jamás esquiva el reto.

El doctor Sagastume y el señor Vedia se disputan la palma del torneo entre los diputados nacionalistas; é inde-

cisos estamos en concedérsela á uno ú otro, cuando ámbos, difiriendo por las formas del discurso, están á un mismo nivel en la elocuencia.

El primero tiene mas pompa en el decir, mas música en el período, mas galanura en el estilo; mientras que el señor Vedia, desecharlo por lo general los adornos exteriores del pensamiento, se expresa de una manera mas profunda y filosófica. El primero parece cuidar mas de la superficie que del fondo, prefiere los perfumes á la raiz, esparce mas flores que frutos, si se nos permite la frase; el segundo, sin desdeñar completamente el colorido, se fija mas en lo intrínseco del asunto, y cuando traza un cuadro, antes que la belleza ideal presenta la belleza real con exactitud de lineas y vigorosas pinceladas.

Uno es mas soñador, otro mas positivo ; Sagastume emplea en el debate la rotundidad sonora del período ciceroniano, Vedia los córtex á pico de la filóspica griega, pero ambos, siendo aquel mas difuso é ideal, mas sobrio y pensador el segundo, reunen igual inteligencia é idénticas facultades para la oratoria parlamentaria; los dos partiendo de un mismo principio, siguiendo diferentes rutas en el lenguaje, llegan al mismo punto, forman en las mismas filas, despiden la misma causa, la causa del progreso, de la justicia, del derecho y de la constitucion.

Hemos acabado el bosquejo del doctor Vazquez Sagastume, hecho á conciencia, y sin que hayan influido en nuestro ánimo las simpatias que tenemos por el orador. Solo nos falta poner un marco al dibujo y remitírselo á nuestro representante.

Ibamos á realizar lo proyectado á tiempo que entró un amigo á nuestro humilde taller. Viéndonos ocupados

doctor Vazquez Sagastume, que hace bastantes años pisa en los últimos detalles de la obra, quiso examinarla. Accedimos inmediatamente á su deseo.

El visitante miró el lienzo de cerca, mirólo de lejos de frente y de través. Concluida su minuciosa inspección, tocándonos familiarmente en el hombro, dijo:

—Me permities que escriba unos cuantos pensamientos al pie de tu retrato? Serán como la crítica del dibujo.

—Aceptado, le respondimos, temiendo haber incurrido en algunas faltas de ejecución.

—Pues venga el lápiz, prosiguió. Y habiéndoselo dado á nuestro amigo, trazó en el lienzo lo siguiente:

—En la vida pública el hombre se presenta de cuerpo entero, y debe ser juzgado sin ninguna consideración personal por el criterio sensato de la opinión. En el hogar el amigo es un hermano; en la calle el amigo es un amigo; pero en la vida pública es una persona completamente extraña, un desconocido, un hombre que va á ser procesado por la justicia nacional. El juicio de los contemporáneos viene á ser como las pruebas de un sumario que fallará en última instancia la posteridad.

Aquí, en nuestro país, triste es decirlo, no siempre la justicia corre con los trámites del proceso, porque la mayor parte de las veces se consagra una reputación ó se deprime un carácter, sin mas razon que el odio ó la amistad de un partidario.

Pero yo no dibujaré con la tinta del rencor ni del cariño los lineamientos finales de esta fisonomía, sino con el lápiz imparcial del biógrafo. La opinión pública admitirá ó rechazará mi crítica.

Empiezo, pues. Como ningún hombre público ha escapado jamás al escarlapejo de las autopsias morales, el

el escenario político, ha pasado tambien por ese trance
ha sido tachado antes y ahora de inconsecuente y ligero
en sus ideas y opiniones.

Cuando se trataba de la última elección presidencial, preguntando un amigo al Dr. Vazquez Sagastume si votaría por D. José M. Muñoz, dicen que contestó al momento:

—Antes daria mi voto en favor de Calfucurá.

Sabido es por todo el mundo y en particular de don Bernabé Rivera, que ha repetido públicamente la respuesta atribuida al Dr. Vazquez Sagastume, que este diputado, á pesar de creer mas digno de ocupar la Presidencia de la República al cacique pampa que al hombre de las borlas, sufragó por el último en la Asamblea.

A esa clase de inconsecuencias me refiero al llamar versátil á tu héroe. Tal vez eso sea debido al carácter condescendiente y accesible del doctor Sagastume. Por lo demás reconozco que tu personaje está bien dibujado, y que es, á mas de un cumplido caballero, un ciudadano patriota, un partidario de corazon y un hombre honrado.

Ahora que he puesto en tu pintura las sombras que necesitaba para que tuviesen mas tono los colores, te devuelvo tu lápiz. Siquieres, pasa la broza y borra mis rasgos, pero serás tenido por mas recto y verídico si dejas todo como está. Adios!

Como nosotros somos simples aficionados y no pintores de fama, no nos atrevemos á destruir lo hecho por nuestro amigo, que es un artista de mérito.

Lo mejor será que envíemos el retrato al doctor Vazquez Sagastume, dándole cuenta del incidente ocurrido; y si le parece muy oscuro el fondo lo pintaremos de nuevo.

Sin embargo, creemos que el doctor Vazquez Sagastume aceptará el lienzo con el apéndice final.

EL SENOR D. AGUSTIN DE VEDIA

El partido nacional se encuentra bastante arrepentido de haber llevado á la diputacion á muchos ciudadanos de su credo, que no han sabido responder ni á las exigencias del país, ni á los altos propósitos de la comunidad política que sufragó por ellos. Pero si los exaltó á la Cámara fué confiando en las aptitudes que la opinión pública les había concedido y creyendo verdadera la reputación de que gozaban *como ilustraciones notables*.

Es disculpable el error del partido, desde que votó engañado en favor de dichos ciudadanos. No había llegado aun el dia de la prueba, el instante en que esas *ilustraciones* iban á derramar torrentes de luz en el Congreso.

Llegó, por fin, el dia, que á cada puerco le llega su San Martín, y entonces, oh! entonces las *ilustraciones* perdieron el falso brillo que las prestigia, y quedaron

desnudas, sin el dorado, sin el pulido, á semejanza del grajo de la fábula.

Rióse el público al contemplar la metamorfosis, rióse de esas caricaturas de representantes, de esas entidades políticas que, en resumidas cuentas y apropiándose el conocido epígrama disparado por el doctor Acevedo contra una notabilidad del partido colorado, hecha á golpes de bombo, no eran otra cosa que *nutidades* serias.

Ríese el pueblo todavía en las propias barbas de los diputados aludidos, cuando estos se aproximan á calentar sus asientos y darse humos de personas importantes, marchando con el grave paso y la ridícula formalidad de los protagonistas de sainete.

Cobra fama y échate á dormir, dice un adagio español. Y á sé que los tales señores casi cumplen al pie de la letra ese proverbio. No cobran fama, porqué, hartos de ella como de paja la mula de alquiler de que habla Iriarte, no la necesitan; pero cobran algo de mas provechoso en la situación tirante que nos atraviesa—cobran la *dieta*, esa medicina legislativa que produce efectos contrarios á los de la dieta médica, pues mientras la una enflaquece á los enfermos, la otra ha engordado tanto á los representantes, que parecen *jerónimos*, por no decir cerdos cebados.

En cuanto á *echarse á dormir*, eso sí que lo hacen á las mil maravillas los benditos, y no han hecho otra cosa desde el dia en que penetraron al Congreso— duermen como unos santos varones.

De vez en cuando la campanilla del Presidente interrumpe el sueño de las *notabilidades*—marmotas. Entonces despiertan sobresaltados los durmientes, bostezan, se ponen de pie para apoyar una moción, ó permanecen

pegados á sus sillas, pero con los ojos abiertos. Así que se pierde en la atmósfera la última vibracion del cencero, los padres de la patria vuelven á dialogar con sus bancos, unos con la eloquencia de los trapenses y otros con la estrepitosa fraseología de los ronquidos.

La nación retribuye con diez pesos diarios los servicios que le prestan estos representantes mudos. No es mucho que digamos, atendiendo á la categoría del empleo, pues cualquier figurante de comedia gana lo mismo cada noche que aparece en las tablas. Pero atendiendo al mal estado de la hacienda pública, los figurones políticos cobran mas de lo que merecen y merecen otra *pension* distinta de la que cobran.

Es doloroso flagelar á ciudadanos con quienes estamos ligados por vínculos políticos y relaciones personales. Sin embargo, pesa mas en nosotros el amor á la justicia que las consideraciones del partidismo y de la amistad. Creemos que la verdad es para dicha en todo tiempo, lugar y circunstancia, por más amarga y desconsoladora que sea.

Un hombre que admite un puesto público, es porque se considera con aptitudes para desempeñarlo dignamente; si las tiene y no cumple su deber, no procede de acuerdo con las leyes morales; si no las tiene y acepta el empleo por las ventajas que le reporta, falta á la rectitud de la conciencia.

Y un diputado no desempeña patriótica ni honradamente su cargo levantándose para dar un voto afirmativo, ó continuando sentado para negar su sanción á un proyecto, ó poniendo su firma en barbecho al pie de un informe de una Comisión. No; un patán haría exactamente lo mismo, y para eso la nación no tendría necesidad de tantas

jilustraciones, ni de doctores infatuados, ni aun de simples tinterillos, todos ellos malos ciudadanos. Para eso bastaria un quidam modesto, un bobalicón sin pretensiones, un gaznápiro que supiese leer y escribir y fuera probo.

Pero si nuestro deber nos obliga á censurar la conducta de los representantes que no han hecho nada, absolutamente nada en beneficio de la nación, ni en honra del partido que los llevó al Congreso, donde ocupan un sitio que debieran renunciar por estimación propia y para conveniencia pública ; ese mismo deber nos impele á rendir un tributo de justicia y un aplauso leal á los que han respondido de una manera satisfactoria á las aspiraciones de sus correligionarios, poniendo al servicio de los intereses generales sus talentos, su patriotismo, sus estudios y su honradez.

Grato es para el escritor independiente el conceder la corona cívica al que ha sabido merecerla, sea amigo ó enemigo; como también es justo señalar al aprecio de sus compatriotas á los representantes que han luchado dignamente en toda noble cruzada, tremolando la bandera del pueblo y de la ley.

Entre estos meritorios paladines tiene un lugar eminente el señor don Agustín de Vedia. Gracias á él y á tres ó cuatro diputados de sus mismas creencias políticas, el partido nacional ha tenido algún influjo en las deliberaciones de la Asamblea. Gracias á él y á los doctores Sagastume, Requena y Garcfa, Lerena y algun otro, los nacionalistas no han jugado un rol insignificante en el Congreso.

Antes de dibujar la fisonomía oratoria de don Agustín de Vedia, recordaremos algunos de sus rasgos biográficos.

El actual redactor de *La Democracia* empezó á figurar desde la adolescencia en el movimiento intelectual de la República, siendo director de uno ó dos periódicos literarios, traductor de mas de una obra científica, y autor de varios trabajos mentales de reconocido mérito. Su nombre era ya ventajosamente conocido por todos los aficionados á las bellas letras, cuando sobreviniendo los sucesos políticos del año de 1864, la gloriosa caída de Paysandú y la vergonzosa entrega de Montevideo, una gran parte de los ciudadanos comprometidos en los acontecimientos de esa época tuvieron que pedir al extranjero lo que su patria no pudo darles hasta muchos años después: libertad para sus opiniones y garantía para sus vidas.

El señor Vedia emigró á la República Argentina, donde, al poco tiempo, lanzándose al escenario de la política, fundó *La América*, asociado á don Olegario V. Andrade.

Desde su aparición hasta su cese el diario tuvo inmensa popularidad en ambas márgenes del Plata, y la prédica de los valientes periodistas fué recibida con júbilo y simpatías por la juventud independiente de las dos repúblicas. Todos los que sentían bullir en el alma el fuego del patriotismo, todos los que llevaban grabada en el corazón la idea republicana, todos los que atesoraban en su espíritu la fe de un porvenir mejor, honraron sus nombres suscribiéndose al diario de los jóvenes demócratas.

La América no desmintió un instante la propaganda de su primer día. Siempre fué el robusto campeón de la libertad y del derecho de los pueblos; la protesta viva, implacable, perpétua de la justicia contra la iniquidad, de la razón contra la fuerza, de la autonomía de las naciones

del Plata contra la arbitaria dominacion de sus caudillos. *La América* fué como el lábaro sagrado de dos repúblicas humilladas por la tiranía, llevando el *In signo vences* de la ley trazado en el destierro por la mano del paria y del proscrito; la esperanza de la patria Ilorosa, de la Jerusalén prisionera; la promesa de la libertad sofocada pero jamás vencida.

Fué el bravo reto á cara descubierta de la democracia contra el trono; de la América libre contra la monarquía invasora; el grito de Espartaco moribundo, que infundía valor á los corazones bien templados y llenaba de pavura á los déspoticas; la maldición de los pueblos lanzaba al rostro de sus Coriolanos y serviles Almontes. Ah! cien páginas no serían suficientes para recordar los servicios que prestó *La América* á las nacionalidades platenses y á la causa del progreso, de la república y de la verdad. Cien páginas no bastarían para consignar la gloria pura que conquistaron sus valerosos redactores.

Este diario fué también el bizarro mantenedor de la noble empresa sostenida por el Paraguay, pueblo heróico y desgraciado puesto por la Providencia en el camino de las conquistas imperiales, para servir de antemural á las naciones de sangre castellana y tener en alarma continua al ambicioso gobierno brasileño; raza belicosa, esclavizada pero digna de ser libre, fanática con el santo fanatismo de la patria, que combatía, sin saberlo, sobre las márgenes de su gran río por la integridad de los Estados del Plata, como la Turquía, ignorándolo también, según la frase de Lamartine, combatía en las márgenes del Danubio por la libertad del universo.

El pueblo paraguayo, menos feliz que la Turquía, cayó lidiando con la virtud de un romano en sus esteros pan-

tanosos, y dejando un hondo vacío en el corazón de la América republicana; pero cayó lidiando por sus leyes, por su idioma, por sus lares, por la veneranda tumba de sus mayores y la querida cuna de sus hijos; murió como Decio sacrificándose en aras de una idea, en holocausto de todas las patrias dignas, y en nombre de todos los sentimientos generosos.

Así sucumbió el legendario pueblo defendiendo sus Termópilas sagradas, y el último de todos su Leonidas, grande por su fé y por su muerte, á pesar de sus faltas, de su incapacidad y de su tiranía.

La causa paraguaya tuvo en don Agustín de Vedia un escritor incomparable. Fue el Homero de esa Iliada gigantesca cuyo canto final escribió la espada del vencido en la fangosa orilla del Aquidabán. Pero *La América* no pudo esculpir el epitafio de Simónides sobre las fosas de los nuevos espartanos; no pudo trazar el *Finis Poloniae* de Kościusko sobre el campo de la última batalla, porque antes de la consumación del martirio de los héroes, la había hecho cesar una orden del gobierno argentino.

La propaganda franca y leal del periódico no podía agradar á los caciques de bota de potro que domineaban al suelo de los Treinta y Tres, ni á los caudillos de levita que dejaban sablear en las trincheras de Curupaití á los hijos de los titanes que escalaron los Andes; esa propaganda desenbozada y energética disgustó á los gobiernos aliados, calificados por *La América* con el epíteto de traidores, y un úkase del vencido de la Sierra condenó al silencio á los periodistas.

Pero la mayoría de la juventud oriental, habituada ya á la palabra fogosa de don Agustín de Vedia, simpalizando con las ideas que proclamaba su diario y presintiendo como

el escritor épocas mas fecundas y grandiosas para el pueblo de Artigas, guardó en lo íntimo de su alma el nombre del periodista, esperando el momento en que pudiese demostrarle la gratitud de que estaba poseido.

Ese momento llegó por fin tras una guerra de dos años, y el señor Vedia, terminada la revolución de 1870, que lo había contado en el número de sus soldados, fué electo representante por el departamento de Cerro-Largo.

Ingresó á la Cámara precedido de justa reputación como periodista vehemente, desconocido en sus dotes de orador parlamentario, pero bien pronto, al romper la primera lanza en las discusiones del Congreso, ya pudo asegurarse que el mérito de su pensamiento hablado igualaba al mérito de su pensamiento escrito.

Guerrero bisoño en las lides del Parlamento, no ha temido batirse con veteranos de la talla de Ramírez, Vazco y Bustamante, y mas de una vez ha salido del campo de batalla cargado de trofeos enemigos. No ha habido asunto de vital interés para la patria, ó cuestión de benéficos resultados para el pueblo, sin que haya terciado el señor Vedia en el combate formando siempre en las filas de la justicia y mostrando como bandera de reunión suprema en los trances peligrosos, el código fundamental de la República.

Entre él y el doctor Vázquez Sagastume están divididas las opiniones respecto de la supremacía en la oratoria, y difícil es, ya lo hemos dicho, sino imposible, manifestar á cual de los dos le corresponde el lauro.

El señor Vedia no ostenta, repetimos, la pompa de la frase, ni el colorido deslumbrador, ni la armonía del período del tribuno popular; pero es mas verdadero, mas profundo y filosófico. Su palabra nerviosa y acerada trae

á la memoria las catilinarias y las filópicas. El señor Vedia parece que ha nacido para arrojar anatemas contra los tiranos, siendo incansable en rechazar un abuso, combatir un ataque á la ley ó sostener un derecho conculado.

Entonces su alma llena de virtuosos sentimientos, semejante á un cielo cargado de electricidad, estalla al choque de la ira, dá espansión á la idea, y la voz del orador retumba como el trueno y su palabra quema como el rayo. Entonces sin fijarse en el hombre, ni en el partido, sin calcular las consecuencias del discurso, no atendiendo mas que al grito de una conciencia honrada, fuerte con la fuerza de la razon, celoso con el celo del deber, erguido con el orgullo del tribuno, vibra la frase de sus labios y hiere al diputado, al Ministro, al Presidente, al amigo, al que ha violado un precepto constitucional, ó se ha hecho reo de un delito, ó ha cometido un abuso intolerable. Entonces llevando al delincuente de posicion en posicion, de defensa en defensas sin permitirle descanso, ni huida, ni subterfugio, le acorrala en su postrer atrincheramiento y le obliga á capitular ó entregarse á discrecion.

Intrépido en la acometida, esforzado en la contienda y magnánimo en la victoria, jamás se ensaña con el cadáver del vencido, nunca mancilla su laurel de vencedor.

Si el señor Vedia no posee las galas con que el doctor Vazquez Sagastume va malizando la enunciacion de sus pensamientos, ni aquel lujo asombroso de figuras retóricas que como chispeantes lucérnagas van fulgurando, en desorden á veces, entre los armoniosos párrafos del orador popular, sabe colocar con mano maestra en los puntos mas importantes del discurso imágenes bellísimas que pintan de un solo golpe toda una situacion, á la manera

que un toque de pincel dado en lugar conveniente por un artista consumado, fija allí la perspectiva mas interesante y dramática del cuadro.

Cuando se apodera de un asunto y baja de la superficie al fondo para escudriñar la idea en su valor intrínseco, como un buzo que desciende á lo profundo de los mares en busca de la perla y surge repentinamente con una de precio incalculable, el señor Vedia suele volver á la forma del discurso desde lo íntimo del concepto con una metáfora resplandeciente, ó una frase admirable por su fuego y su poética estructura, que vierte ante los espectadores sorprendidos por ese rasgo inesperado, entre los vítores y aprobaciones generales.

Nuestro diputado es el que ha hecho mas interpelaciones á los miembros del Poder Ejecutivo, el que mas ha pugnado contra los excesos de sus delegados de la capital y de campaña, y quien ha obligado á los Ministros á confesar los desaciertos vergonzosos y las estrechas miras del gobierno del doctor Ellauri.

El señor Vedia es el único representante que ha corrido dè la Cámara al Ministro de Relaciones Exteriores, haciendo uso de una invectiva acre si se quiere, pero franca, justiciera y digna.

Referiremos este último episodio. El señor Vedia había interpelado al Ministro de Gobierno doctor don Saturnino Alvarez, á fin de pedirle esplicaciones sobre ciertos abusos de autoridad cometidos por los Jefes Políticos de Tacuarembó y del Durazno, y denunciados por la prensa periódica. El doctor Perez Gomar tambien habia sido interpelado por don José C. Bustamante, con motivo de la recepcion casi régia que el P. E. dispensó al duque de Génova. Los dos Ministros estaban en la Cámara.

El señor Vedia tenía la palabra. Empezó su discurso recordando la época en que se había recibido del poder el doctor Ellauri; describió el estado del país, las esperanzas concebidas por el pueblo al advenimiento de un hombre ilustrado al sillón presidencial; dijo que entonces la República entera, rodeando al magistrado supremo, le ofrecía el concurso más espontáneo y decidido en favor de la paz, del bien público, de los intereses del Estado, y concluía su exordio probando que el gobierno del doctor Ellauri había permanecido sordo á las exigencias de la opinión, desconocido las necesidades y aspiraciones del país, desechado el apoyo de los buenos elementos, mostrándose rehacio al espíritu liberal de la época, puesto obstáculos á la marcha de la nación hacia su desenvolvimiento progresivo, valiéndose de una política mezquina en lugar de emplear una política nacional y amplia; y por último sumiéndose en el marasmo, en la inercia, en un indiferentismo que descontentaba á todos, enervaba el sentimiento de los ciudadanos de mejores propósitos y alejaba cada vez más un orden de cosas desligado de raquínicos intereses personales.

En el exordio del señor Vedia relampagueaban los fulgores del genio de la tribuna ateniense, y nuestro orador se producía en términos sencillos, pero sublimes; pensamientos, expresiones, flores retóricas, todo era bello, vigoroso, sentido y abrumante para los Ministros.

El de Gobierno doblado bajo el peso de los cargos y aterrado por la magestad de las ideas que afluían al labio del tribuno, escuchaba las justísimas censuras con el silencio y la inmovilidad de una estingue; pero el de Relaciones Exteriores, hombre de carácter irascible, levantándose repentinamente de su asiento, interrumpió la

peroracion del señor Vedia y dijo con acento de cólera:

—Aquí hemos venido á responder á una interpelacion y no á oir recriminaciones.

Nuestro diputado se encaró con el doctor Perez Gomar, tomó aliento como para arrojar con mas fuerza la palabra, y luego, con el rostro inflamado por la indignacion de una alma libre que se rebela contra una imposicion despótica, respondió con tono vibrante:

—El señor Ministro no puede cortar la palabra á ningun diputado. Por lo demas, el señor Ministro ha venido aquí para responder á una interpelacion y á escuchar verdades amargas.

Esta réplica altaiva, que recuerda el apóstrofe dirigido por Mirabeau al marqués de Dreux-Brézé, echó de la Comision Permanente al Ministro de Relaciones Exteriores; y mientras el doctor Perez Gomar se retiraba pálido, resentido y convulso del salon de sesiones para dar cuenta del suceso al Presidente Ellaurí, el auditorio aclamaba al tribuno que habia interpretado de un modo tan veraz los sentimientos y las opiniones del pueblo.

Despues de calmada la efervescencia que produjo en la Cámara la réplica de nuestro diputado, este prosiguió tranquilamente su discurso concretándose á la interpelacion.

La austerioridad de carácter y la rectitud de procederes del señor Vedia se reflejan en todos los actos de su vida pública. Como redactor de *La Democracia* ha disgustado á muchos de sus correligionarios, que, apegados á las tradiciones calamitosas de otros tiempos, sin comprender las tendencias progresistas del presente, han permanecido extraños á las evoluciones y depuramiento de los viejos bandos personales. Le acusan de haber sido demasiado

intransigente y esclusivista con los antiguos partidarios; táchanle de impolítico en la difusión de sus doctrinas; y le consideran autor de la escisión que reina en el partido nacional, creyendo que esta obra no reconoce mas origen que la excesiva afinidad del señor Vedia con los conservadores.

A pesar de los cargos que le hacen, ninguno niega que nuestro representante no sea un ciudadano probo, inteligente, anheloso del bien y de la felicidad pública, sincero hasta en los errores de su propaganda, si es que alguna vez no comprendió la opinión de su partido.

Bosquejado como periodista político es uno de los mejores y quizás el más honrado de los nuestros. Innegable es su habilidad en las batallas de la prensa, los recursos de su talento, su constancia en el trabajo y la soltura de su pluma. Tiene una retentiva sorprendente. Durante redactó *La Democracia*, bajo el epígrafe de *Crónica Parlamentaria* daba cuenta verídica y minuciosa de los debates habidos en el Congreso, transcribiendo en más de una ocasión párrafos enteros del discurso de los oradores, tales como se pronunciaron en la sesión respectiva.

Es hiriente en algunas discusiones legislativas, sobre todo cuando le excitán el calor de la disputa ó la sátira del contrario; y suele personalizarse también más de lo regular en su periódico contra determinadas personas. En testimonio de ello presentamos á los señores Velazco y Soto, mortificados con frecuencia en *la crónica parlamentaria*.

Las opiniones de nuestro representante han pesado más de una vez en las decisiones del Congreso, y es uno de los diputados que honran el cargo que desempeñan, al re-

vés de la mayoría, cuyos individuos han sido honrados con un asiento inmerecido en la Asamblea.

Su palabra es oída con gusto por los hombres imparciales, con aprovechamiento por la juventud oriental sin excepción de colores políticos, e influye bastante en el ánimo de sus colegas. Es lógico en los raciocinios, encadena sólidamente los argumentos, tiene acierto y oportunidad en las contestaciones; es mordaz en el chiste, impetuoso en el ataque y liberal de buena ley en sus ideas. Marcha por la estela luminosa del progreso en los diversos ramos de la ciencia humana; la libertad lo ha inscrito entre sus afiliados de corazón, y es uno de esos apóstoles del pensamiento que merecen el título de soldados del porvenir.

Ha presentado dos importantísimos proyectos á la Cámara; el primero sobre Instrucción pública, calcado en las teorías de la buena escuela y abrazando los nuevos sistemas y las nuevas doctrinas de educación popular; el segundo sobre reforma de la ley electoral, que viene á cerrar la puerta á los abusos de los partidos y á la corruptora influencia del poder. Este proyecto de ley ha sido recientemente aprobado por la Asamblea Nacional.

Ambos trabajos legislativos del señor Vedia han demostrado sus profundos conocimientos y estudios en las dos vastas materias á que se refieren; y están destinados á producir cambios radicales de resultados benéficos para la República, así que sean sancionados por el Poder Ejecutivo. (1)

(1) La ley electoral está en vigencia desde hace algún tiempo y será la que rige el año próximo de 1877.

Con ellos se ganará el señor Vedia el aprecio de las generaciones futuras, despues de haber obtenido la estimacion de sus contemporáneos. He ahí como se conquista un galardon imperecedero y se sirve eficazmente á su país y á su partido.

EL DOCTOR D. CARLOS A. LERENA

Con verdadero placer emprendemos el boceto del jóven abogado, á quien sus amigos auguraban un porvenir risueño y prósperos destinos en la patria, mucho tiempo antes de que pisase la escena de la vida pública.

Dedicóse á la carrera de la abogacía, cuyo magisterio hoy enaltece con su honradez é inteligencia, no por la vanidad pueril de ostentar un título universitario, ni tampoco para adquirir una posición que le permitiera vivir con desahogo, como tantos otros de sus compañeros de estudio. Mas elevados propósitos guiaban al doctor Lerena. Así es que cuando el Foro de la República leyó un nombre mas en la matrícula de los togados, todos los que conocían á nuestro actual representante, saludaron en él á un defensor de la justicia y del derecho. Desde ese dia datan los servicios que ha prestado á sus compatriotas el doctor Lerena.

Dotado de ánimo generoso y corazón bien puesto,

su conducta irrepreensible y la franqueza de su carácter le han granjeado sinceros y numerosos amigos en todas las esferas sociales. Es corto el número de sus años, pero en cambio es abundante el de sus dignas acciones.

Durante la Presidencia de don Lorenzo Batlle, del indecente magistrado que declaraba en documentos oficiales, para su eterno oprobio, *que gobernaría con su partido y para su partido*; en esa época de vergüenza para la República, colmada de vejámenes en el interior y de humillaciones en el extranjero; cuando ya el Fuerte de Gobierno se había convertido en una cueva de ladrones, segun las palabras no acusadas de don José Pedro Varela y que tanto le honran; casi al terminar su período el Presidente criminal e inepto, el partido nacional, levantando la bandera caída en los gloriosos muros de Paysandú, se lanzaba á los campos de batalla para reconquistar sus libertades holladas y sus derechos desconocidos por las arbitrariedades del poder.

Entonces la revolución mas santa, mas popular y mas aplaudida por los orientales de todos los matices políticos, hacia vacilar el sillón del gobernante exclusivista y torpe, se enseñoreaba de las poblaciones de campaña, y cada vez mas dignificada y robustecida por una juventud que despreciaba las comodidades del hogar doméstico prefiriendo las fatigas y los peligros del combate, volaba de triunfo en triunfo hasta las trincheras de la capital.

Esa falange ciudadana no pudo vencer por la incapacidad del caudillo que la dirigía, ni tampoco pudo acompañarla personalmente desde sus primeras lides el Dr. Lereña, como la había acompañado con sus intereses y consejos, porque los mandones le sepultaron en uno de los calabozos del Cabildo, no hallándole mas causa, ni presen-

tándole mas prueba que las simpatías con que había acogido esa revolución sagrada, á la par de los que no querían fuese la República Oriental el patrimonio de partido ninguno.

Aun en su encierro no dejó de trabajar el doctor Lerena por el éxito de la cívica empresa; y tan pronto se le abrieron las puertas de la cárcel se embarcó para Buenos Aires, y de allí pasó á revistar en las listas del ejército nacional.

Los innumerables ciudadanos que formaron en las filas del pueblo armado en reivindicación de sus derechos, conocen los importantes servicios que rindió el doctor Lerena á sus compañeros y á la causa del bien público. Allí, en aquel ejército enorgullecido por el cumplimiento del deber republicano, probó nuestro joven representante que él no escusaba, para la completa victoria de la revolución, ni su dinero, ni su reposo, ni su sangre; allí le fueron confiadas difíciles funciones y espinosas tareas diplomáticas: y en cualquier circunstancia sobrevenida ó emergencia resultante de la lucha, su comportamiento mereció siempre la aprobación de sus hermanos en ideas.

Terminada la guerra, mas serenos los ánimos y puestas en ejercicio las instituciones, el voto general del departamento de San José elevó al doctor Lerena á los bancos de la Legislatura; y es uno de los pocos diputados á quienes no levantó á tan delicado empleo otra influencia que la de su propia popularidad y distinguidos méritos.

Modesto, ilustrado y laborioso, desempeña en la Cámara leal y noblemente la misión que ha recibido, atestiguando de este modo que fué acreedor á la distinción de sus conciudadanos.

No nos atrevemos á sentar una opinión absoluta res-

pecto de sus prendas oratorias, pues el doctor Lerena no está avezado todavía á la lid parlamentaria, en la cual recien inicia su talento. Es imposible, pues, juzgarle con estricta imparcialidad hasta tanto no desplegue el vuelo de sus facultades; ni seria tampoco justo nuestro fallo cuando no ha habido tiempo ni ocasion para apreciar enteramente sus aptitudes.

Sin embargo, podemos manifestar sin temor de equivocarnos, que el doctor Lerena se halla muy próximo á los primeros oradores del Congreso, y que á medida que se vaya posesionando de la tribuna su palabra brotará con mas soltura y abundancia, mas coloreada y fluida. Para ponerse al lado de los atletas de la Cámara, el doctor Lerena no necesita mas que el hábito del debate.

El timbre de su voz es claro y resuena de un modo atrayente, despertando en el corazon de los espectadores un sentimiento de benévolo interés hacia el que habla. Uno sigue con gusto, sin apercibirse de ello, quizás obedeciendo á una oculta inclinacion, el discurso del orador mas joven del Congreso, discurso que si no resiste primores y bellezas de primera clase, está nutrido de lógica y de argumentos persuasivos.

Cuando le vé empeñado en una discusion, el auditorio fluctúa entre el recelo y la esperanza, como si la personalidad del orador fuese la de un amigo, temiendo que el adversario le derribe, deseando que la victoria lo corone. Hasta ahora no se ha encontrado comprometido en lucha formal ó decisiva, ni pisado sobre un terreno falso, porque el doctor Lerena ha elegido siempre buenas posiciones para atacar, resistir ó vencer.

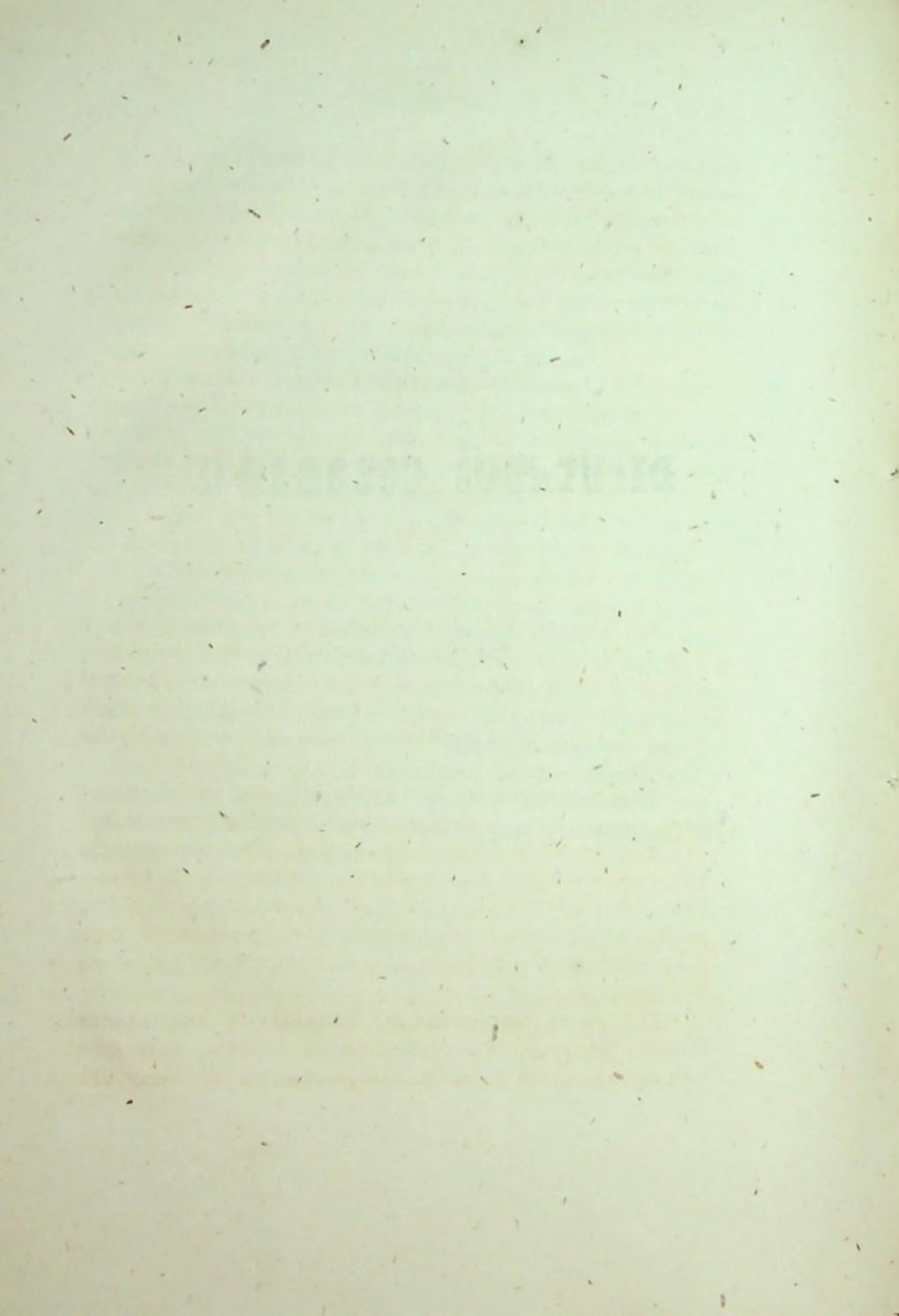
Ha presentado varios proyectos y llegado el instante de discutirlos, comprendiendo que alguno levantaba resis-

tencias en el seno de la Cámara, y que su sostén solo servía para exaltar ó dividir los ánimos sin utilidad ni provecho para los intereses de la nación, ha sabido retirarlo discretamente salvando el honor de la bandera, como un hábil caudillo que hace retroceder á tiempo sus soldados ante un enemigo superior en recursos, para presentarle mas tarde, si le conviene, sus líneas reforzadas por nuevas tropas y en campo mas favorable para la pelea.

Terminaremos esta fisonomía velozmente bosquejada, agregando que el doctor Lerena, con mas estudio y costumbre parlamentaria, hará honor á la tribuna oriental. Por hoy es una esperanza que sonrie, una flor que se abre y derrama las primicias de su perfume.

Ojalá que los huracanes de la guerra civil no la aranquen de su tallo, ni vengan á sumergir en sangrientos resplandores las puras esperanzas de la patria! Si ellas siguen creciendo bajo el sol benéfico de la paz y al amparo de las instituciones, la República tendrá siempre en el doctor Lerena á un ciudadano que la sirva y que la honre. Y ojalá que al igual del doctor Lerena, tenga esta patria querida y desgraciada multitud de nobles hijos que en el vigor de la juventud y del talento, inspirados por la virtud y el bien, con la fuerza que dan las democracias y la fe de las almas creyentes, puedan encaminarla á un porvenir grandioso, empujándola por los carriles del progreso y de la libertad.

DIPUTADOS COLORADOS



EL SEÑOR D. ISAAC DE TEZANOS

*Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te
basta,* diríamos nosotros si pretendiéramos bosquejar
una caricatura; pero como nuestro propósito es pintar el
retrato de cuerpo entero de don Isaac de Tezanos, rompe-
mos el salírico lápiz de Gavarni para tomar la paleta de
Rembrandt.

No obstante, de vez en cuando daremos una chafarrinada á la pintura, porque la notabilidad de moderna fe-
cila que vamos á dibujar, tiene, como las máscaras de
que hacian uso los actores griegos del tiempo de Aristó-
fanes, una parte seria y otra parte cómica. A medida,
pues, que vayamos adelantando la obra y segun el lado
del rostro que nos presente el personaje, irá la pincelada
ó el brochazo.

Por ahora emprendemos el trabajo de una manera
formal, poniendo á contribucion la historia, para que
esta mensajera de la antigüedad, conforme al dicho del

orador romano, nos sirva de punto de partida. En ella encontraremos algunos individuos que, como el que aumenta el número de nuestra colección, salieron de un hogar humilde y se fueron levantando poco á poco sobre el nivel de los hombres de su clase hasta ocupar una estable posición en la sociedad.

Unos debieron su elevación á la fortuna, veleidosa divinidad que no mira al mérito de los que favorece; otros se encumbraron al favor de un talento indisputable; alguno á fuerza de serviles intrigas; y muchos valiéndose de cualquier medio, por mas bajo y vergonzoso que fuese, saciaron su sed de honores, de riquezas ó de poder.

Félix Peretti, por ejemplo, que fué guarda puerco en su niñez, murió ciñendo la triple corona de los papas y legando su nombre á la posteridad. Cristóbal Colón, hijo de un pobre artesano, regaló á la humanidad un mundo, una tierra perdida en las soledades del Océano y descubierta una noche á la luz de su genio. Murat, otro ejemplo notable, nació en la cocina de un fondin y obtuvo por su valor el bastón de mariscal de Francia; mas todavía, hallándolo insuficiente para colmar sus ambiciones de grandeza, adornó sus sienes con la corona de Nápoles. D'Alembert, hijo de un clérigo y de una canonesa, recojido por la mano de la caridad en el atrio de un templo, subió al rango de los inmortales desde la infamia de su nacimiento; y en fin, porción de individuos hoy famosos tuvieron un origen tan plebeyo ó desgraciado, que asombra hubieran podido emanciparse de su oscuridad primera para subir á las dignidades de un Estado y registrar su nombre en el libro de la fama póstuma.

Don Isaac de Tezanos pertenece á la clase de los hombres que hemos citado en cuanto al origen; ignorá-

mos si ocupará como ellos un lugar en la historia y el mismo rango de celebridad futura. Tal vez llegue á conseguirlo si la fortuna sigue prodigándole sus favores y si él continúa aguijoneado por su audacia. *Audaces fortuna juvat*, dijo el lírico de Roma, y eso lo sabe el señor Tezanos aunque no quien lo dijo.

Nacido en condición humilde y en cuna desgraciada, segun lo ha confesado con noble franqueza en una polémica que sostuvo por medio de la prensa con don Julio Herrera y Obes, ha ido levantándose desde la pequeñez de su nacimiento hasta el sillón de diputado oriental. Es hijo de sus obras, y todo lo que es se lo debe á sí mismo.

Este sería un título verdaderamente glorioso para don Isaac de Tezanos y la mejor patente nobiliaria en un país democrático, siempre que los actos del ciudadano en la carrera pública hubieran llevado el sello de la virtud ó de la moral política; pero, por desgracia, no todos los hombres que salidos de un hogar oscuro se han ido encumbrando á las eminencias de la vida política ó social, pueden decir parodiando á Bayardo: Hasta aquí hemos llegado sin manilla.

No; por regla general los que han llegado á las alturas sin un gran talento, sin el prestigio de un gran nombre ó de grandes virtudes cívicas; aquellos que para sentarse en los primeros puestos de un Estado no han tenido mas apoyo que su audacia, ni mas móvil que una ambición sin límites, esos no pueden repetir las palabras del caballero francés.

La audacia como única fuerza y la ambición como único móvil girando en la órbita de una voluntad dispuesta á tocar el fin por cualquier medio, no producen perso-

najes vaciados en el molde de Arístides, ni fundidos en el erisol de Lincoln. La audacia y la ambición, sin otro estímulo mas noble, solo engendran, en las sociedades antiguas, modelos como Alcibiades, tipos flexibles que se acomodan á cualquier combinación que conduzca al engrandecimiento personal; y en las sociedades modernas héroes á lo Riperdá, hoy protestantes en Holanda, mañana católicos romanos en Castilla, despues creyentes mahometanos en Marruecos.

Infotunio es para la América de origen español, como lo fué para las repúblicas del mundo antiguo, que el progreso moral e intelectual de los pueblos no avance á la par de su progreso material, dándose la mano, ayudándose mutuamente, completándose uno con otros. Sin la unión estrecha de todos, en las democracias habrá hombres pero no ciudadanos. Estos se forman con la instrucción y la doctrina.

Pero mientras el pueblo no comprenda sus deberes ni sepa ejercitar sus derechos; mientras la educación pública no difunda sus claridades en las últimas ramificaciones de la sociedad oriental, fertilizanto como las avenidas del Niño esa tierra resquebrajada por el fuego de las revoluciones, nada habrá conseguido la propaganda del periodista, ni los esfuerzos del legislador, ni el empeño de los buenos.

Y en tanto que los gobiernos de la nación sean gobiernos personales, los poderes públicos camarillas políticas, y las autoridades demanden la contraseña de partido al que va ansioso de justicia al santo tribunal de la ley, nuestro código será letra muerta, el imperio de la libertad una utopía y la verdad democrática un mito reverenciado por los espíritus generosos.

Para qué leyes sin costumbres? exclamaba el orador

romano. Y en efecto, sin costumbres republicanas, sin prácticas de gobierno liberal, sin hábitos de respeto á la ley, para qué sirven estas? Y qué importa que nuestra Constitucion diga que los puestos públicos pertenecen á la virtud ó al talento, cuando en la realidad son del mas audaz ó del mas afortunado?

La República Oriental, corrompida por cuarenta años de guerra civil y de prostitucion política, es un vasto palenque abierto á las aspiraciones personales, á los propósitos de círculo, á las ambiciones mezquinas de todo género. Tan pronto consigue el lugar preferente un Juarez, como asalta las dignidades un Almonte, porque nuestras masas populares, ignorantes y turbulentas como las de Atenas, solo obedecen á las impresiones del momento, á los impulsos de la pasion ó del partidarismo, dejándose arrastrar por las simpatías que les inspira un hombre, por el prestigio de un caudillo, por el color de un trapo; pocas veces por la razon, la justicia ó el deber republicano.

La instrucción es el *punto de apoyo* que buscaba Arquímedes para mover el mundo. La instrucción regenera pueblos, trasforma razas, crea verdaderas sociedades. Mientras esa fuerza no imprima movimiento á la familia oriental, mientras esa luz no le dé seguro rumbo, seremos una república en el nombre y la anarquía en el hecho; una democracia en la teoria y la revolucion ó el despotismo en la práctica.

Solo así, viviendo oprimidos por la *materia bruta*, se concibe que en nuestra patria hayan alcanzado los primeros puestos nulidades políticas y caudillos de chuza; que se hayan sobrepujado á la honradez, á la virtud ó al talento, el vicio, la ignorancia y el latrocinio; que puedan verse en

el Parlamento, en los tribunales, en los Ministerios, en las reparticiones públicas, no á los mas dignos ni á los mas sabios, sino á aquellos que, ostentando como única recomendacion méritoria la ensangrentada divisa de un partido, se creen con derecho para obtenerlo todo. Solo así, por último, se esplica que don Isaac de Tezanos sea diputado oriental.

Hé aquí algunas páginas de su biografía, debidas á la pluma de don Julio Herrera y Obes. Recréese el lector:

«Isaac de Tezanos es uno de los paños del sambenito político que viste la República en castigo de haber soportado sus pasados Gobiernos.

«Sin convicciones políticas, que no tiene ni puede tener porque estas son el producto de la sinceridad y la honradez; sin otro móvil que su interés personal, ni mas aspiración que subir, este partidario intransigente que pretende reorganizar al partido colorado, ha pertenecido á todos los partidos del Río de la Plata.

«En nuestro país ha sido *blanco* dos ó tres veces, y colorado otras tantas. El color político se lo daba el sol que alumbraba y las probabilidades de satisfacer su ambición.

«Su movilidad de camaleon no ha sido menor dentro del mismo partido *colorado*. Fué *conservador* primero, allá por el año 67, se hizo *florista* despues, bajo el gobierno de Batlle; volvió á hacerse conservador bajo el gobierno de Gomensoro, y es *colorado neto* en la actualidad.

«Pasó un año; el gobierno de Batlle había llegado al apogeo del des prestigio y del escándalo; no tenía un ciudadano de respetabilidad á su lado; no tenía una voz autorizada en la prensa para defenderlo.

«El director de *El Uruguay*, á quien no falta esta cla-

se de viveza, comprendió que esa era la ocasión propicia de *hacerse valer* y sobre todo de *hacerse pagar* y se vió con sus penates á Montevideo.

«Aquel austero y valiente periodista que había venido expresamente el año 67 á combatir á Flores, fundó un diario, *El Orden*, para sostener á Batlle, aplaudir sus atentados y aconsejarle el destierro á la Habana de los redactores de *El Siglo*, á quienes en su opinión se trataba con clemencia metiéndoles en la cárcel y desterrándoles únicamente á Buenos Aires.....

«Llegaron las elecciones de representantes del 69. El Gobierno se constituye en potencia electoral. El Ministro de Gobierno (C. Bustamante) organiza en su casa el *Club del Orden*, compuesto de todos los empleados, incluso los celadores y los soldados de línea; afiliado á aquel Club, dirigiendo sus trabajos, estaba el rígido director de *El Uruguay*. El día de la elección capitaneaba en la parroquia del Paso del Molino las policías de Polidoro Fernández, que sable en mano y carabina á la espalda, arrojaban á los ciudadanos de las urnas.....

«Vienen después las elecciones del 72. El director de *El Uruguay* quiere salir diputado á todo trance, y no teniendo confianza en la elección del Durazno, busca asegurar su candidatura por Montevideo y se prende á dos anclas, vendiéndose por amigo de los dos partidos en lucha. Por la mañana conferenciaba con José P. Ramírez hablando pestes de don Pedro Varela y sus amigos; por la noche conferenciaba con don Pedro Varela hablando probablemente pestes de José P. Ramírez y sus amigos.....

«Sus intrigas no fueron infructuosas; no figuró como candidato por Montevideo porque lo rechazó el Club Gomensorista; pero salió electo por el Durazno.

•Su aspiracion estaba satisfecha. Ya era representante; ya iba á ejercer influencia en la eleccion presidencial; ya iba á estar en situacion de poderse *hacer valer y pagar á peso de oro.*

En la eleccion presidencial del 73 hizo pesar como Breno su voto en la balanza, para que le fuese equilibrado con el oro y títulos de propiedades que hubo que echar en el platillo contrario. Despues de esto, todo lo que se pueda decir es pálido y frio.»

Tal es el hombre que vamos á pintar como diputado.

Pertenece á la izquierda de la Cámara y votó por el doctor Ellauri, el Presidente de las *renuncias indeclinables.*

En el Parlamento ocupa, como orador, un lugar muy secundario. No puede parangonarse con ninguno de los representantes que hemos bosquejado.

El señor Tezanos es impetuoso en la palabra, exagerado en la accion, y procede con poca lógica en el debate; su argumentacion no posee ninguna solidez; su discurso es un agrupamiento de frases, una confusión de ideas, una balumba de elementos heterogéneos que salen atropelladamente de sus labios, chocando unos con otros. Es una especie de *steeple-chasse* de pensamientos y de expresiones sin coordinacion alguna.

El calor de la inspiracion derrite las alas á este Icaro parlamentario, y muchas veces desde el pináculo de sus peroraciones cae de repente á la llaneza de un pensamiento tabernario. En otras el final de su discurso viene á ser totalmente contrario á su principio.

Empieza á hablar sin saber lo que vá á decir y de que manera concluirá. Improvisa fácilmente sobre cualquier tópico y no es muy purista en cuanto á la elección de

términos; tampoco suele acordarse en la mayor parte de las discusiones del local en que se encuentra, ni de la dignidad que inviste, ni del público que le oye, produciéndose en un lenguaje indigno de la Cámara y haciendo gala de chorrerías por el estilo de la siguiente, de que habló un diario dando cuenta de la sesión.

«El señor Tezanos tomó la palabra para hacer una aclaración conveniente y que se refería á la circunstancia de firmar él, diputado por el Durazno, la minuta de comunicación que impugnaba el señor Carve, diputado por el mismo departamento. *Ya que no podía llamarse el uno durazno y el otro manzana, se veía forzado á hacer esa aclaración.*»

Cuando se encuentra acosado por un contrario emprendedor, el redactor de *El Uruguay* no tiene escrúpulo en desmentir sus propias afirmaciones.

Una noche, interpelado el Ministro de Gobierno por el diputado señor Vedia, á efecto de que respondiera á las acusaciones que dirigía parte de la prensa al Jefe Político don Eduardo Pérez, el hombre que calificaba á los periodistas de *cuzcos á cuyos ladridos no contestaba*, don Isaac de Tezanos pidió la palabra para defender á su amigo el Comandante Pérez.

— El Jefe Político del Durazno, decía el interpelante, sin llenar las formalidades de la ley y arrogándose facultades que no tiene, ha condenado á 48 ciudadanos al servicio de las armas en la Compañía Urbana, tuzándoles primero como á bestias.

— Es incierto, replicaba el señor Tezanos. Los 48 individuos de que habla el señor representante, no son tales ciudadanos. Yo los he visto; son 48 facinerosos, 48 bandidos, 48 vagos.

—¿Y qué Tribunal los ha juzgado y condenado? interrumpió el doctor Bustamante. ¿El Jefe Político del Durazno es poder judicial para abocar y fallar una causa de esa naturaleza?

Estrechado el señor Tezanos por los dos representantes nombrados y el doctor Vazquez Sagastume, viéndose enredado en su propia defensa y completamente perdido con su amigo el Jefe del Durazno, para salir del apuro cantó la palinodia con el mayor desembarazo; de modo que en lugar de hacer la apología de don Luis Eduardo Perez confirmó la acusación del orador interpellante.

Esta media vuelta de don Isaac de Tezanos y su rara defensa, dieron motivo á que el doctor Bustamante pronunciara aquella frase popular: —¡Que amigos tienes, Benito!

Mas que para orador parlamentario en Cámaras legislativas, el señor Tezanos ha nacido para sublevar las masas ignorantes con su palabra ardiente, su voz atronadora y su mimica chocarrera.

La naturaleza equivocó la época y el pueblo que debió servir de cuna á nuestro personaje, porque su condición no es de aquellas que se satisfacen con la discusión azonada y pacífica de las Asambleas deliberantes, en un siglo deseoso de la paz y del progreso. Es uno de esos hombres á quienes puede aplicarse esta reflexión de Jorge Sand— «hay inteligencias inquietas para las cuales la inacción es un suplicio y el reposo un oprobio».

En efecto; el temperamento fogoso y apasionado del señor Tezanos parece ambicionar la atmósfera de las luchas armadas y despreciar la calma de los cuerpos legisladores. En la turbulenta democracia antigua hubiera corrido al lado de Temístocles y pegado fuego á la armada

griega surta en el Pireo, para asegurar la supremacía de su partido; en Roma, durante la pugna entre patricios y plebeyos, el diputado del Durazno, con su acento varonil, hubiese conducido á la plebe al Aventino, ó perecido junto con Catilina por saciar su hambre de honores. En Francia, durante los aciagos tiempos del terror, sus discursos hubieran revolucionado á la población de los arrabales, concitándola á la matanza de los aristócratas y á la guerra contra los extranjeros.

El puesto del señor Tezanos está en la plaza pública y no en la tranquila tribuna del Congreso; su puesto está en el terreno de los hechos brutales, entre el ruido de las armas y la vocinglería de los encarnizados combatientes; no en la incruenta lid de las inteligencias, no en las regiones plácidas del moderado debate, ni tampoco donde se quiera obtener por medios suaves el progreso material y el mejoramiento moral.

No reflexiona, combate; no lucha con el pensamiento sino con las pasiones; es mas corazón que cabeza para sus amigos, y mas cabeza que corazón para sus ambiciones.

La audacia es su táctica en todo, siempre y en cualquier parte. Hable en público ó se explaye en privado; mande ó obedezca; hállese en el Jurado ó en el Parlamento, vencedor ó vencido, entre amigos ó adversarios, no tiene mas inspiración, mas táctica, mas recurso que la audacia.

Cuando deja espandir los sentimientos de su corazón, es noble y generoso hasta con sus enemigos; cuando la pasión política le ciega, hace uso hasta de la calumnia para combatir á sus contrarios; cuando los delirios del encumbramiento personal ajitan su espíritu insaciable,

no busca mas que fáciles instrumentos en amigos y rivales. Entónces con los ardides de un hábil diplomático teje intrigas, levanta ruegos, fulmina amenazas, derrama promesas, urde astacias de todo género y se vale de armas de toda clase para conseguir sus fines.

Esta alma aspirante como la de Borgia, grande y pequeña al mismo tiempo, digna de un estudio mas detenido y profundo que el nuestro, se escapa fácilmente á la penetración de la crítica y al escarlato del biógrafo, escondiéndose tras velos impenetrables. Tiene mucho de satánico y algo de sublime; se presenta capaz de todo, de la heroicidad ó de la infamia, con tal de llegar á donde aspira.

Si el señor Tezanos hubiera concurrido á las aulas y dedicádose á una carrera, de seguro que hubiese pisado sino en la cumbre, á lo menos muy cerca de la cima del arte, profesion ó ciencia elejida en su niñez. Su espíritu encierra facultades maravillosas, que, á haber sido cultivadas en tiempo, hubieran rendido óptimos frutos.

General, en el siglo y circunstancias de Alejandro, tal vez le hubiese disputado la conquista del Asia; como Aníbal hubiese peleado con inquebrantable constancia á los romanos; al igual de Bonaparte hubiera abandonado el Egipto, siádose en su fortuna y desembarcado en Francia para asumir el Consulado y el imperio. Abogado, escultor, ingeniero, militar, médico, pintor, sacerdote, poeta, D. Isaac de Tezanos ejercitando su inteligencia en el estudio y pidiendo inspiraciones al arte ó á la ciencia, quizás hubiera llegado á pisar las alturas en la carrera á que se hubiese consagrado.

Pero no quiso ó no supo buscar en los libros la enseñanza, y quedó su talento como un diamante en bruto.

La instrucción que le falta para guiarse en la vida quiere suplirla con la intrepidez de su alma y los arranques de su corazón; y se lanza impávido por cualquier horizonte, con la fe en su estrella, el fatalismo del árabe y la sonrisa del cínico, á la realización de sus ingentes deseos.

Pero miresele como se le mire, ya por un prisma pequeño, ya al trasluz de lo grande, don Isaac de Tezanos es un carácter original. Él se ha sobrepuerto á la vulgaridad de esos seres que, parecidos á la ostra, naen, viven y mueren apegados á las costumbres, usos y leyes sociales, buenas ó malas, recibidas al despertar á la vida, sin salir jamás de la insignificancia de su esfera ó de la desgracia de su nacimiento. Don Isaac de Tezanos ha luchado contra las preocupaciones, contra las desventajas de su origen, y ha vencido. Dígase si no merece una biografía este hombre; dígase que no tiene rasgos salientes para un retrato mas completo.

Su cuna fué humilde, su hogar infortunado, y él ha hecho fijar la atención del mundo sobre su nombre; las puertas sociales se le habían cerrado, y él las ha roto franqueándolas con aire de pelea para conquistarse una posición en la sociedad y en el Estado.

Aut César, aut nihil, dijo el primer dia de su aparición en la vida pública, grabando en el fondo de su alma la arrogante divisa del hijo de Alejandro VI. Y semejante al guarda cerdos de que hemos hablado, semejante al individuo de quien refiere la historia que agitado por codiciosas miras, así que tuvo un pedestal donde apoyarse esclamaba al dormirse: *Seré papa, y seré papa* decía al despertarse, concluyendo al cabo y en fuerza de repetir lo mismo á todas horas á creer que esas palabras eran un juramento obligatorio que debia cumplir tarde ó

temprano; don Isaac de Tezanos desde que adoptó el lema de Borgia lo ha estado repitiendo y lo repetirá hasta la consumación de sus aspiraciones individuales.

El guarda puercos llegó á llamarse Sixto V; ¿don Isaac de Tezanos verá acaso satisfechos sus propósitos? ¿Será César tal vez? ¡Quién sabe! Parte de sus deseos se han realizado, parte de sus esperanzas se han cumplido.

Aut Cesar aut nihil murmura sin cesar el representante del Durazno en su frenético anhelo de subir, de subir siempre; y ya hemos visto que desde la ruindad de su nacimiento ha ido elevándose dia á dia; y hoy se sienta en la Cámara de Diputados, hoy pesa su voto en las discusiones que se suscitan, hoy es corifeo de un bando que ansía tener como patrimonio exclusivo á la República.

De diputado á César hay alguna distancia todavía y muchos tropiezos en el camino; pero aquella se irá acortando y apartándose los tropiezos. Para salvar los inconvenientes no le faltan medios ni amigos al Sr. Tezanos, y ¡quién sabe! repetimos—¿vale ménos nuestro personaje que don Lorenzo Batlle? ¿No tiene como punto de apoyo una voluntad inquebrantable, como bandera la divisa de Borgia, y ante todo y sobre todo la audacia, la audacia, siempre la audacia del convencional francés? ¿No tiene también á su favor una conciencia elástica, la ignorancia de las masas, la intransigencia de los partidos, la corrupción política de la República, el oscurantismo de los caudillos, la desunión de los hombres bien inspirados, los intereses de círculo, la suerte que hasta hoy le ha sonreido, y su carácter que se amolda á todas las combinaciones que conducen al engrandecimiento personal?

¿No se encuentra hoy la nación de Artigas á merced de las cohortes pretorianas? Tal vez no esté muy lejano

el dia en que las legiones griten: *Salve, imperator*, alzando sobre el pavés á don Isaac de Tezanos, á la vista de un pueblo trémulo, aterrorizado y mudo, pero acostumbrado ya á sancionar los hechos consumados y las victorias de la fuerza!

EL SEÑOR D. JOSÉ C. BUSTAMANTE

Don José Cándido Bustamante, segun el dicho de don Julio Herrera y Obes, fué el fundador y jefe de la sociedad política del candombe colorado. Esta sociedad se creó allá por los años de 1863 y ha progresado de tal manera desde entonces, que hoy son sus miembros activos las principales dignidades de la República.

Todos hemos bailado candombe en esta tierra, escribió una vez don Isaac de Tezanos hablando de colorados y conservadores; pero nadie lo ha bailado mejor ni por mas tiempo que el actual redactor de *La Tribuna*. Así es que sus coasociados no le disputan la dirección de la sociedad que defiende los intereses del *partido neto*.

Don José Cándido Bustamante empezó á hacerse conocer siendo muy niño, en su casa se entiende, por sus genialidades y ocurrencias peregrinas. Pronto salvó su nombre el círculo de la familia y fué extendiéndose, pri-

mero por las confiterías de Montevideo, como el del doctor Ferreira y otros adolescentes de la generación pasada, y después por todos los ámbitos de la ciudad.

Pero el señor Bustamante necesitaba un campo más vasto que la moderna Troya para exhibir su bulto y popularizarse. Ese campo se le presentó en Quinteros, de cuya *hecatombe* escapó gracias á su cualidad de persona y á ser más razonable que Bruto.

Ya entonces el señor Bustamante, salido de la crisálida, comenzó á dar los primeros fuertes aletcos desplegando al viento de la vida pública sus cambiantes colores. La oruga pasaba á mariposa, ó el conservador á colorado puro.

La invasión del general Flores le trajo algunas espinas al señor Bustamante, pero acrecentó su popularidad hasta el punto de que ya nadie ignoraba el nombre de nuestro héroe; ya correligionarios y enemigos políticos le conocían, porque el señor Bustamante y su nombre corrían juntos, á galope tendido y de cuchilla en cuchilla, por todos los confines del territorio oriental, perseguidos por los clarines... de la fama.

Cuando terminaron las correrías del señor Bustamante, su reputación estaba hecha. He ahí una reputación que se hizo á *la disparada!* Desde esa época el actual representante se halla inserto en el libro de las notabilidades del partido de la libertad, cuyas ideas están gráficamente personificadas en la estatua de la plaza de Cagancha.

Ha prestado á su comunidad política una *targa serie* de servicios, retribuidos también con *largoza* por los gobiernos que han desgobernado al país del año 63 hasta la fecha. No puede quejarse de su buena estrella el señor Bustamante, pues durante el lapso de tiempo mencionado, este señor, que no era nada en la República, ha sido diplo-

mático, secretario universal del dictador, Jefe Político, literato, periodista, Coronel, Ministro, senador, representante, casi Presidente del Uruguay y casi orador parlamentario.

La fortuna le ha mostrado *buenas cara* como dicen y ha sido *cara y mala* para el país esa fortuna, puesto que el favorecido por ella no ha sido ni buen Jefe Político, ni buen escritor, ni buen ministro, ni buen administrador, ni buen *genio* siquiera, á pesar del que le conceden sus amigos, habiendo probado que no merecía mas calificativo que el de hombre de *mal genio*.

En los diferentes puestos públicos que ha ocupado, sin saberlos desempeñar satisfactoriamente, ha dejado muestras de su talento original y de su carácter irascible con tendencias al despotismo africano. Esta inclinación le granjeó el título de *rey congo*, con que fué agraciado por uno de los redactores de *El Siglo*.

Algunos hechos nos darán una idea aproximada del hombre público. Ellos le pintan de relieve. Siendo Ministro del Interior decretaba un dia que los departamentos de campaña se pusieran á la cabeza de sus respectivos Jefes Políticos, insultando con semejante barbarismo al idioma, al sentido común y á los pobres departamentos de campaña, cuyos moradores, á serles posible la cosa, no solo se hubiesen puesto á la cabeza de sus mandatarios, sino que de buena gana se la hubieran aplastado á los Jefes Políticos, que bien lo merecían, y al propio Ministro de Gobierno, que bien lo deseaban.

Siendo Jefe Político de la capital mandaba que se tapiasen exteriormente las ventanas de las casas de prostitución, á fin de evitar, decía, que las púdicas doncellas se avergonzaran contemplando á las sirenas del vicio.

Esa rara disposicion producia efectos contrarios á los pretendidos, pus si las púdicas doncellas no miraban á las Mesalinas, miraban el capricho arquitectónico, y excitada su curiosidad por la pared de ladrillo, inquirian afanosamente la causa de la cerradura. Al saberla, no alababan por cierto la inventiva de un Jefe Político que de tan extraño modo queria moralizar las costumbres.

Durante los célebres destierros de periodistas, del amordazamiento de la prensa y del reinado candombero del artículo 81 de la Constitucion, puerta de escape de las arbitrariedades de los malos gobiernos, que es preciso cerrar á toda costa, el Sr. Bustamante, Ministro de Gobierno omnipotente y autor de las mil tropelías que se cometieron entonces, mandó venir á su despacho á don Deradio De María, gerente de *El Siglo*, para ordenarle que hiciera cesar la propaganda política del periódico. Como el señor De María le respondiera que el Código fundamental garantía la libertad de la prensa, dice la voz pública que replicó el Ministro de Gobierno:

— Hoy no reinan mas garantias que mis pistolas. Y mostrabi un par de rewolvers suspendidos de la cintura, irguiéndose con la majestad de un Melgarejo.

Otra vez hallándose acusado por abuso de la libertad de escribir, concurrió al sorteo de los Jurados que debían entender en el juicio de calificación. Habiéndole tocado el turno de recusar á los hombres buenos que le concede la ley, recusó á todos los *blancos* designados por la suerte para componer el tribunal popular, alegando como razon digna de ser tomada en cuenta que no los aceptaba *por ser sus enemigos políticos*. Soberbia doctrina jurídica sentaba con su proceder don José C. Bustamante!

Este señor, física y moralmente observado, ya ha si-

do descrito por plumas mejor cortadas que la nuestra. Sentimos no poder reproducir aquellas magistrales *fotografías* que le dedicaron *El Siglo y El Chubasco*. El primero lo presentaba á sus lectores sobre un altísimo pedestal, simbolizado en una *estátua ecuestre sin ginete*, y el segundo lo caricaturaba de rey cango, ataviado con las placas que lució en el teatro d^r San Felipe cuando el famoso juicio de imprenta que promovió a don Carlos M. Ramírez. El doctor Ramírez le había llamado, amen de otras lindezas, *malversador de los fondos públicos*, y el señor Bustamante se justificó de las acusaciones que le hacían...., desterrando al periodista á Buenos-Aires después que el tribunal popular hubo declarado *haber lugar á la formacion de causa*.

Don Jo-é G. Bustamante es alto, robusto, corpulento. Tiene las proporciones atléticas y las actitudes de un gladiador romano en pleno circo. Un símil del doctor D. Julio Herrera lo compara á los changadores modernos, pero este símil no es bastante exacto, porque el ex Jefe Político de Montevideo mas que á mozo de cordel se parece á los boxeadores ingleses, de inteligencia escasa, de fortaleza suma, siempre ofuscados por las pasiones, siempre excitados por los ardores de la lucha y la efervescencia de la sangre.

Si tuviese tanta fuerza de lógica como de puños, ayí del adversario que se atreviese á provocarle! Sería pulverizado al primer golpe. Pero así como los luchadores británicos van perdiendo sus facultades intelectuales por la inacción en que las dejan, á medida que aumentan sus potencias musculares con el ejercicio corporal; así también el talento del diputado por Montevideo se ha ido debilitando dia por dia, desde aquel en que hizo su estreno en

la prensa como escritor satírico, á proporcion que su enero iba robusteciéndose con los años. Hoy, apreciado como periodista, vale muy poco, y mucho menos como literato. Examinado en sus dotes oratorias, descollaría indudablemente en un Congreso donde los representantes fueran de la talla de los señores Alvarez, Echevarría ó Caraciolo País; pero en las Cámaras actuales, y aunque es el jefe de la fraccion colorada neta, forma á espaldas de don Isaac de Tezanos.

Si se le parangona con el señor Silva, aparece tan grande como Mirabeau por el cuerpo y en la inteligencia; si se le compara con cualquiera de los tribunos nacionalistas ó conservadores que hemos bosquejado, el señor Bustamante se convierte en átomo á pesar de su estatura colosal.

Cuando mira, su mirada corta el arroz con leche, dijo uno de sus biógrafos; cuando habla en el Parlamento, agregamos nosotros, la barra no sabe si ha de reir ó llorar; si ha de reir á causa de las simplezas, tonterías y vaciedades de sus discursos, ó si ha de llorar por los ultrajes que insiere al buen sentido, al idioma y á la gramática el diputado del partido neto. Felizmente muy pocas son las veces que habla el señor Bustamante.

Don Julio Herrera y Obes se aprovecha siempre que nuestro representante tiene la palabra, ya baciendo mofa de sus pensamientos, ya disparándole epigramas certeros, ó ya formando equívocos risibles con las frases del orador. Cada vez que perora el señor Bustamante se reproducen en nuestra Cámara las escenas de Cabrion y Pipelet.

Dicho esto, nos parece inútil agregar que no posee ningun mérito como tribuno parlamentario, y por eso lo hemos llamado casi orador. El señor Bustamante será

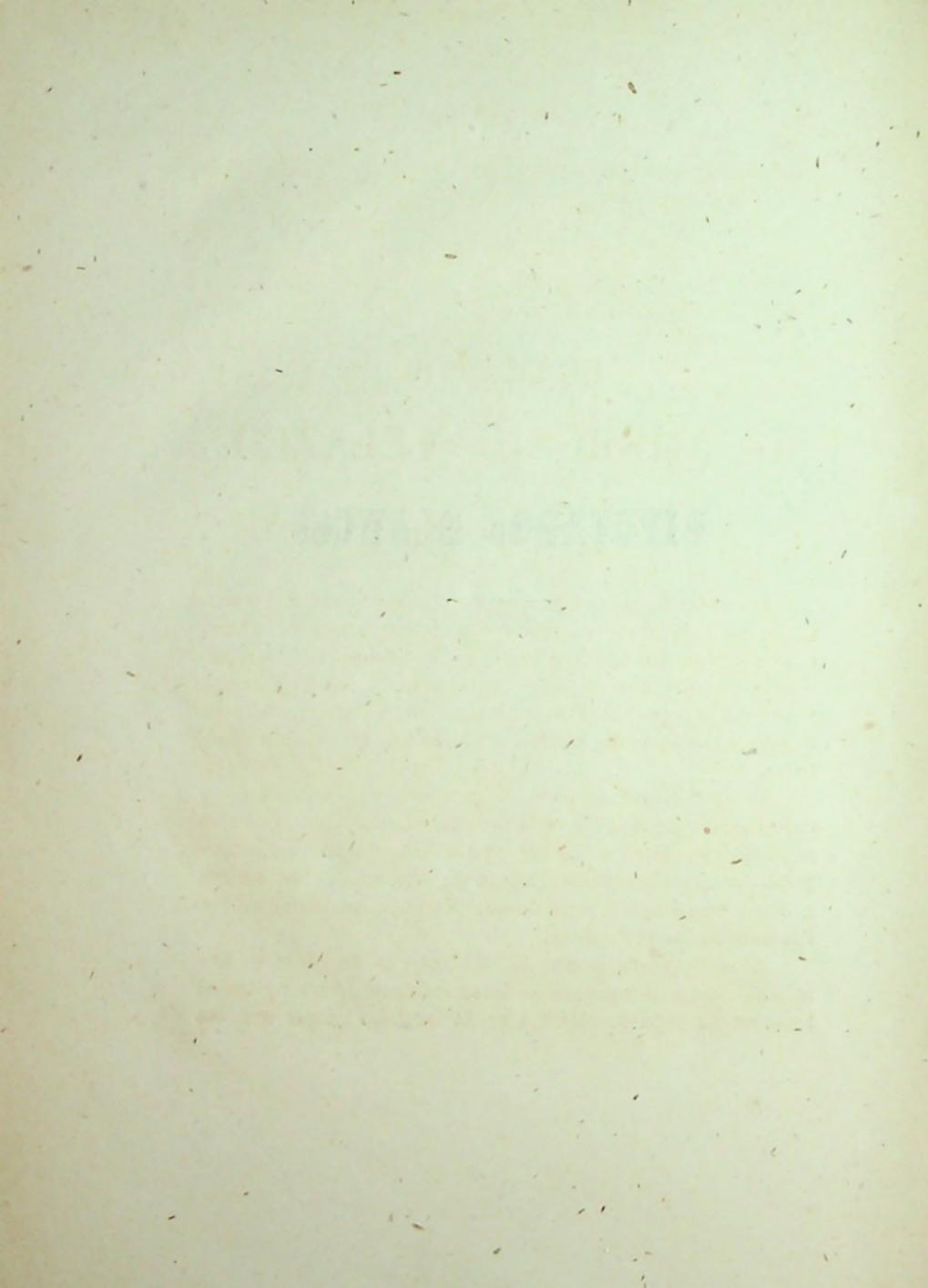
el forzudo Nezrod de la Biblia, el Milon de Crotona, un individuo capaz de aplastar un buey de un puñetazo, pero impotente para vencer á nadie en el torneo de las intenciones.

Así es que por mas esfuerzos que haga para llegar á la altura de un *grande hombre*, no ha de conseguirlo nunca, y se quedará siendo lo que siempre ha sido, solamente un *hombre grande*.

He ahí dibujado con fidelidad al jefe del candombe colorado, al hombre de quien se ha dicho, haciendo un acertado juego de palabras, que, podría ser *Jefe de Policía* pero no *jefe político*. Hemos empleado alternativamente el carbon y el pincel en nuestra obra, habiendo salido en partes bien perfilada la fisonomía del señor Bustamante, y en otras pintarrajeada y muy oscura.

Puede ser que algun dia retoquemos el cuadro ó hagamos una nueva pintura, para lo cual no han de faltarnos materiales.

DIPUTADOS BLANCOS



EL DOCTOR D. AMBROSIO VELAZCO

Durante los meses que el doctor Bustamante permaneció en la Cámara dirigiendo la fracción conservadora, los que conocían su carácter agresivo temieron que alguna vez chocára con el genio irritable del doctor Velazco, y que del choque de estos cuerpos, iguales en fuerza y en dureza, se resintiesen hasta los cimientos del edificio capitular.

Hoy felizmente para el público, representantes y casa del Congreso, ya no existen los fundados temores que se abrigaron, pues el doctor Bustamante renunció á la diputación para aceptar el cargo de negociador de un empréstito en Lóndres, y el doctor Velazco ha subido á la Presidencia de la Cámara.

El sucesor del doctor Bustamante es don José P. Ramírez; pero este señor tiene buen cuidado de no irritar al león en su reposo. Un día se le ocurrió jugar con las

garras de la fiera, talvez para probar su temple, mas recibió tan soberbia dentellada que se retiró con su amor propio hecho girones.

Desde entonces el doctor Velazco disfruta en paz de su silla, conservando el ascendiente y el respeto que le han ganado sus años y sus innumerables servicios á la causa pública.

El viejo tribuno de nuestros Parlamentos es un poco rancio en ideas y bastante descuidado en las formas del discurso, pero posee un talento vastísimo, una instrucción sólida, un decir cáustico, una elocuencia que jamás se cansa de producir, una reputación de abogado sobresaliente y una antigua nombradía de maestro en el arte de la discusión parlamentaria.

En todos los actos de su vida pública obedece á este precepto de la ley mosáica: *Ojo por ojo y diente por diente.* Infeliz de quien le ofenda en el Congreso, le satirice ó le hiera de algún modo. El doctor Velazco escucha con la impasibilidad de un filósofo del Pórtico la injuria ó la ironía, pero ay! del adversario cuando toma el desquite! Habil como los antiguos baleares, apresta su honda, apunta á la cabeza del enemigo, y arroja la piedra con mano segura ó inerrable golpe.

Es incansable y obstinado en la revancha; en el ataque y en la pelea, ya luche por sus propias opiniones ó por cuenta ajena, ya baje á la palestra en desagravio de su personalidad herida ó con un propósito mas elevado. Cuando dice sí ó no, nadie le obliga á retractarse, aunque se le opongan razones incontrovertibles, pues el doctor Velazco tiene el egoísmo de los talentos infatuados.

En el partido nacional goza de reputación idéntica á la que se ha conquistado el doctor Bustamante en el cam-

po de los principistas, no solo en lo relativo á la inteligencia sino tambien en cuanto á los detalles de la índole personal. En efecto, ambos representantes parecen gemelos por la altura del pensamiento, la mordacidad del lenguaje y los caprichos del carácter. Los dos son inflexibles, tercos, indomables; y si en alguna ocasión pudieran ser vencidos, jamás alcanzaría ninguna persona á convencerles.

El doctor Velazco es muy capaz de invertir el tiempo destinado á una discusión trascendental, en historiar á la Cámara sus antecedentes políticos, ó en batirse por cuestiones de amor propio. Recordamos una sesión, cuyas horas las empleó el doctor Velazco en rebatir los cargos individuales que le había hecho la noche anterior el doctor Herrera y Obes. Poco antes de llegar el momento de cerrar los debates, el doctor Herrera, creyendo que estaría próxima la conclusión de la réplica de nuestro diputado, le pidió que se apresurase á terminarla porque ya había hablado mucho sobre el particular.

— El señor representante se engaña, respondió el orador con fisonomía impasible; no he hablado ni mucho ni poco, pues recién empiezo.

Y continuó impávidamente el discurso, hasta que habiendo llegado la hora de levantar la sesión sin que hubiese finalizado la réplica, quedó con la palabra el doctor Velazco, acabando al día siguiente la refutación de los cargos personales.

En las discusiones guarda un respeto escrupuloso á sus coégas, pidiendo se le retribuya en la misma moneda. Varios representantes, especialmente los doctores Ramírez y Herrera y Obes, hacían poco caso de las súplicas del viejo tribuno, y lo trataban muchas veces con descortesía y un tonillo de broma; pero lo que no qui-

sieron conceder por gusto, tuvieron al fin que concederlo por fuerza. El orador hizo uso del sarcasmo, y ante ese *compelle intrare* los diputados accedieron al pedido.

La fama de nuestro personaje data de antigua fecha. Sabida es la elocuencia que desplegó durante tres noches consecutivas, él contra todos, contra amenazas, ruegos, vocero de la barra y desaprobación oficial, cuando se discutieron en la Cámara los últimos tratados de límites con el imperio del Brasil. Durante esas tres sesiones borascosas el orador adquirió una justa nombradía, y rodeó sus sienes con la aureola de una merecida popularidad.

Pero los brillantes méritos que reúne el doctor Velazco están oscurecidos por una sombra que proyectan la mayor parte de nuestros hombres públicos—esa sombra es la personalidad. Es sumamente rencoroso con sus adversarios y realiza en sí el proverbio de que una injuria no se olvida ni se perdona jamás.

Poco después de la invasión del general Flores, el Poder Ejecutivo ordenó que todos los ciudadanos lleváran en el sombrero un cintillo azul celeste, como distintivo de la patria y la legalidad. El doctor Velazco no quiso obedecer la resolución del Gobierno. Amonestado por la Policía, para no dar su brazo á torcer y evitar la pena a que estaban condensados los inobedientes, dícese que nuestro orador salía á la calle sin sombrero.

Desde entonces se acentuó en su ánimo la ojeriza que tenía al Presidente don Bernardo Berro, y no ha dejado pasar oportunidades para demostrarla en público ó en particular. Mas de una vez en la Cámara, trayendo á la discusión los actos del gobernante, se ha cebado en el individuo sin respetar siquiera la memoria del muerto. Una noche se ensañó de un modo tan atroz con el hom-

bre privado, que su conducta dió margen al cronista de *La Democracia* para que le llamase el *sepulturero de la Cámara*.

Si el doctor Velazco tuviera ojos azules, patillas rojas, largas piernas, enjutas carnes y desairado andar, podría tomársele por un indígena del reino unido de la Gran Bretaña e Irlanda, en razon de sus rarezas y excentricidades.

La opinión pública no es unánime en su juicio sobre el doctor Velazco. Naturaleza excepcional la suya, como la del doctor Bustamante, ha encontrado sinceros defensores y temaces adversarios. Mirándole al través de un criterio imparcial, nosotros diremos en honra del Presidente de la Cámara que los sentimientos de su corazón y los primeros impulsos de su espíritu tienden al bien; y que tal vez por defectos de educación, quizás por resentimientos políticos, ya por amarga experiencia, ú ora por genialidades de temperamento, el doctor Velazco presenta de relieve y con preferencia á los curiosos el lado feo de su fisonomía, reservándose lo mejor á sus miradas.

Pero aun así mismo hay en su carrera política hechos que altamente le honran, rasgos supremos que le dignifican, acciones magníficas que le enaltecen, y las que, sobreponiéndose á los defectos que hemos observado, le darán al doctor don Ambrosio Velazco la corona de la inmortalidad en las páginas de la historia patria.

LOS SEÑORES
DON JUAN JOSÉ SOTO
Y DON NARCISO DEL CASTILLO

Solo existe un punto de contacto entre los dos oradores que cierran nuestra colección de *Retratos, bocetos y caricaturas*, y es su manera de ingresar á la Cámara, ó mejor dicho de hacerse elegir representantes. Ambos, como Castor y Polux, nacieron del mismo huevo ó de la misma hueva, y son el Pilades y Orestes de los tiempos actuales.

Mucho hablaron los periódicos de la capital con motivo de su elección por San Ramón, esto es, por el departamento de Canelones. Tan trabajoso fué el parto electoral que únicamente á fierro pudieron salir de las urnas, así como el *Nonato* del vientre materno; pero cuando respiraron el aire de la vida pública ya tenían la dentadura completa, con la cual mordieron de firme las sillas de la diputación nacional.

El lector que quiera mas detalles al respecto puede hojear los diarios de la época, que dieron minuciosa cuenta de este milagroso alumbramiento. Nuestro deber

no es qtro que pintar fisionomías oratorias y no describir operaciones de obstetricia electoral.

Daremos la prelacion al señor Soto, porque á *tout seigneur tout honneur*. Su caballo de batalla parece ser la Economía Política. No hay discusion que se roce con empréstitos, creación de bancos, emisión de papel moneda ó asuntos rentísticos; no hay deliberacion de cualquier género que sea relativa á la ciencia de Stuart Mill, en la cual no entre el señor Soto, calada la visera y montante en mano, á desfacer agravios y enderezar entuertos.

Y decimos calada la visera, porque cuando combate en el terreno económico nuestro orador no vé claro y dá golpes de ciego. Talvez debido á eso es que don Julio Herrera y Obes le pedía que hiciera con los libros de su ciencia lo que hicieron con la biblioteca de don Quijote el cura y el barbero. Tambien por eso dirá el doctor Bustamante que el señor Soto posee una erudicion económica mal dijerida, con cuyas palabras dá á entender que el cerebro de nuestro diputado no tiene la pasmosa potencia digestiva del estómago del aveSTRUZ.

A pesar de considerarse fuerte en la materia y de hablar sobre negocios de hacienda pública con la *eloquencia brutal de los números*, segun sus propios términos, no con otra eloquencia mas humana, el señor Soto ha llevado vapuleos de toda clase en las cuestiones económicas. Los diputados que mas le han combatido, hasta ensañádose con su personalidad, son los doctores Bustamante y Ramírez.

En cambio el señor Soto no se ha quedado atrás en la réplica y ha saboreado mas de una vez el placer de la venganza, devolviendo sátira por sátira y herida por herida. De un carácter firme y perseverante, de talento despejado

y sutil, habituado á las pugnas del Parlamento, el diputado por Canelones ha sostenido solo contra multitud de atletas debates de varios días; y si no pudo triunfar en las batallas, á lo menos cayó resistiendo con la temeridad de un soldado de Lacedemónia.

El señor Soto tiene astucia diplomática, inteligencia suspicaz, un fondo inagotable de paciencia, bastantes salidas ingeniosas y mucha habilidad en las justas de la palabra. Cuando comprende que su causa va de capa caída, busca otra faz á la cuestión para prolongar la lucha. Atacado en sus nuevas posiciones retrocede paso á paso sin suspender el fuego, basta encontrar otros lugares propios para la defensa, donde hace alto y se mantiene todo el tiempo posible. Forzado, por último, á dejar el campo, se retira dando frente al enemigo, y únicamente pone los piés en polvorosa cuando ha agotado todas las municiones.

Nuestro representante no tiene el don de la elocuencia, ni un estilo brillante, ni un lenguaje conmovedor; se expresa en prosa lisa y llana, con castizo acento español, entonación débil y gesticulación fría. Parece que su naturaleza es más apta para la discusión disciplinada y metódica de las asambleas monárquicas, que para los debates vivos, cortados, ferosos de la batticosa democracia.

Pero si te falta esa elocuencia que arrebata, convence, impone ó seduce, si le faltan esos sublimes rasgos oratorios que causan un efecto mágico en el alma de los oyentes, ostenta á veces otro género de oratoria — la oratoria incisiva, hiriente y sarcástica que hace reír al público á costa de la víctima, y rabiar á la víctima contra el sacrificador.

El señor Soto cuando toma la revancha de las ironías que le dirigen, prepara el cuchillo con la calma estólica del

carnicero, y dá el tajo con la mirada tranquila, sonriente la boca y la fisonomía imperturbable. Con la misma serenidad recibe una respuesta picante ó una estocada á fondo.

Jamás le hemos visto dar señales de impaciencia ni ménos de dolor en los momentos mas críticos, cuando era mayor la lluvia de flechazos que le descargaban; lo único que se movía en su rostro eran los labios, donde vagaba una sonrisa de difícil interpretación. Verdad es que esa sonrisa no le abandona nunca, ni aun en sus expansiones fúntimas; es un detalle característico de su semblante, y así como la cicatriz que pone Milton en la frente del ángel malo, la sonrisa del señor Soto tiene mucho de mesí tofónico.

Algunas personas, por antonomasia, le llaman el diputado de la fibula como dijimos en el prólogo; no porque haya nacido á la diputación de un modo fabuloso, lo mismo que el señor Castillo, sino porque guarda en su memoria un gran acopio de alegorías, apólogos y cuentos morales de toda especie. Casi no hay proyecto que presente, ni argumentación que refute, ni debate que sostenga, en los cuales no haga uso de alguna de las fabulitas de su cosecha.

Y tanto abusa de sus recursos *parabólicos* nuestro diputado, que en mas de una ocasión oyendo el doctor Bustamante que el señor Soto pedía la palabra para responderle, ántes que el doctor Velasco se la concediera solía preguntarle con sorna:

— ¿Nos vá á decir alguna fabulita el señor representante?

Nuestro orador, sonriendose como de costumbre, no tenía inconveniente en decir lo que haría; y á fe que por

do general aplicaba maravillosamente sus fábulas á los asuntos ó á los hombres.

El señor Soto se consagra al cumplimiento de su cometido con empeño laudable, concurriendo asiduamente á las sesiones. En esto hace mas que muchos diputados principistas; y si el hecho de no faltar á la Cámara y de trabajar con ahínco en las tareas que le están encomendadas como miembro de una de las comisiones, fueran títulos suficientes para merecerle la reelección, nosotros desde ya le recomendáramos al sufragio del pueblo, exceptuados los votantes de Cinelones. No nos parece regular que salga dos veces representante por el mismo departamento, pues con la primera basta y sobra.

Ahora pasemos á don Narciso del Castillo.

Con el permiso de *Vuestra Honorableidad* voy á trasladar al lienzo su *vera efígie*. Le haré el retrato mas parecido de todos los que le han sacado á V. H.; pero como V. H. es muy *moreno* tendré que emplear el carbon y no mis pinceles en el dibujo, á fin de que la semejanza sea lo mas completa entre el original y la copia.

Además, otro motivo poderoso me impide el uso del instrumento artístico, y es que como V. H. ha llegado el ultimo de todos á mi taller, me encuentra ya con los colores agotados. No quiero moler nuevos, señor mio, por la premura del tiempo y tambien para que V. H. no quede tan *molido* como los materiales de mi paleta.

Por otra parte estoy tan aburrido de pintar retratos, trazar bocetos y borronear caricaturas, que á no ser V. H. quien es, y á no haber subido de tan rara suerte á la Cámara de diputados, le aseguro que no me ocuparía de exponer al público su fisonomía, aunque desmintiese el refran de que *el último mono nunca se ahoga*. No hay

alusion personal.

Mas ya que V. H. ha nacido á la Legislatura por medio de una operacion *cesárea* y viene á la cola de mis diputados, invertiré algunos minutos en copiar sus perfiles oratorios.

Con que así, señor mio, dispénseme V. H. el honor de sentarse; pero oiga, no levante tanto la cabeza. Mire V. H. que esto no pega á su figura y podrian llamarle al- tanero ú orgulloso.

Ahora está bien. Retire un poquito el vientre. Así, quietito, para que pueda mirarlo mas á mis anchas.

Vamos, no se mueva V. H. ¿Vuelve á tomar la postura de un monarca de Angola? Pues ya que ha venido á mi estudio, caballero, tendrá que someterse á mis mandatos. ¿Lo rehusa? Peor entonces para V. H. porque le obligaré por la fuerza á obedecerme, y á pesar de sus maneras de rey de Mozambique, de los humilllos de su persona, de su prominente barriga, estirado cuello, alzada estampa y pasillo marcial; á pesar de toda la soberbia que respira V. H. le he de pintar desde la *coronilla* hasta el tobillo.

Si señor, desde la *coronilla*, porque V. H. no tiene corona, á despecho de su tono y de sus fnsulas.

Empiezo, honorable señor. El honorable señor aumenta el número de los espíritus sin lengua de la Cámara; mas si para suerte de la tribuna oriental no ha hablado nunca en el Congreso, para desgracia del país el diputado de Canelones siempre ha formado junto con los defensores de las malas causas. Votó en favor del doctor don José E. Ellauri para ser consecuente con el señor Soto, doctor Velazco y demás candomberos de los dos partidos.

Cuando don Narciso del Castillo pisa el umbral del salon de sesiones, ostenta un aire ridículamente majestuoso, y nos recuerda el cuento que hemos relatado al principio ,porque nuestro diputado camina en dirección á su silla con la misma gravedad que los diputados negros á sus toneles. Sin duda el señor representante se ha formado una alta idea de su mérito intelectual ó de la gallardía de su persona.

En cuanto á lo primero, es permitido conjeturarlo por su eterno silencio, pues sabido es que solamente los ignorantes y los tontos hablan sin ton ni son por darle gusto á la lengua. Los hombres de genio se reservan para las grandes ocasiones, y como en nuestra Cámara no ha habido hasta hoy ningun asunto de interés palpitante para la nacion, el señor Castillo tal vez espera la oportunidad que necesita para deslumbrarnos con su inteligencia.

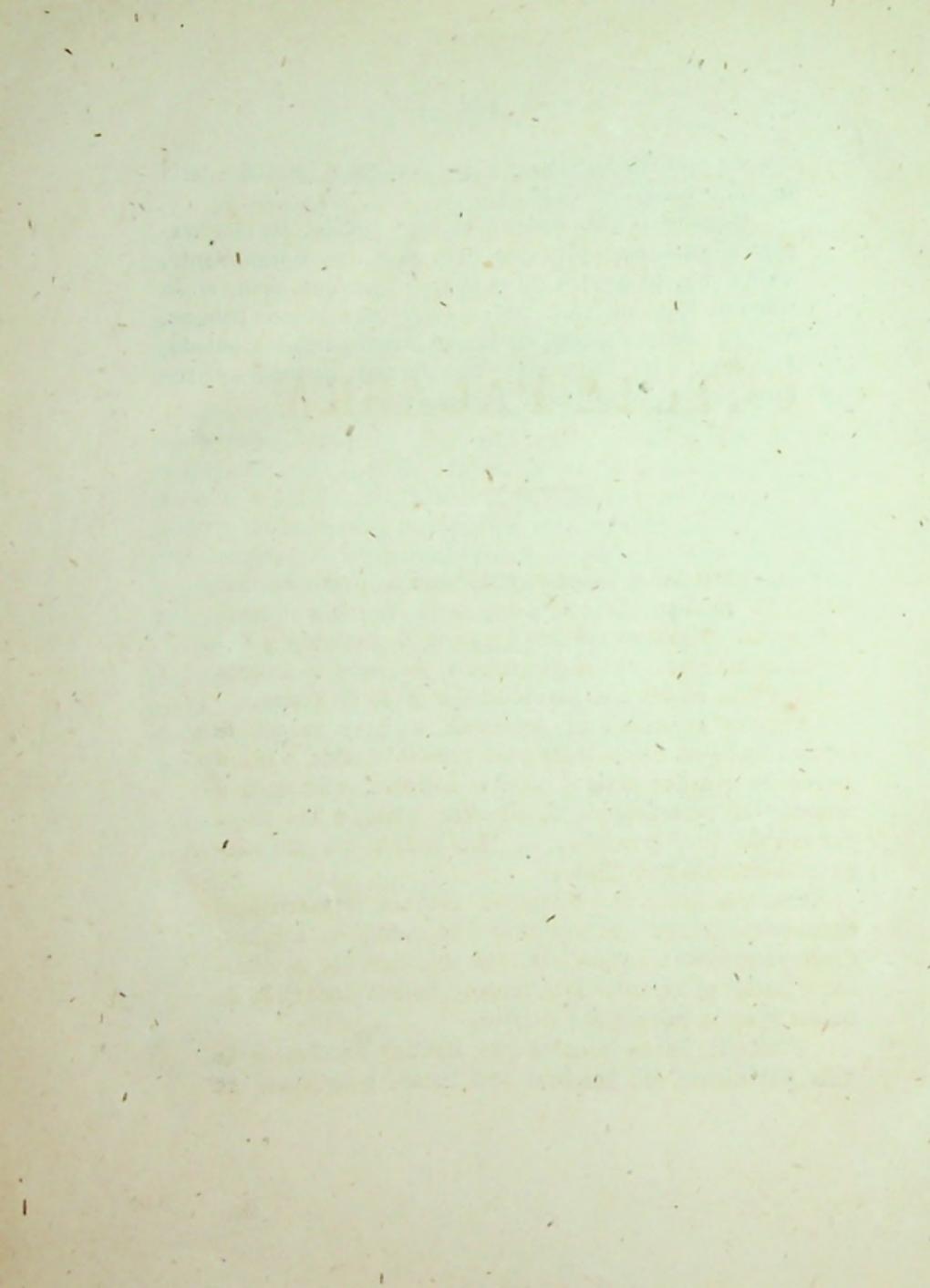
En cuanto á lo segundo, lo demuestra con sus movimientos cuando camina, en su aspecto altivo cuando se sienta, ó en sus aires de persona importante cuando se pone de pié para apoyar á sus compañeros de la izquierda.

¿Y cómo pretenderá el lector que dibujemos moralmente á un personaje que no habla, ni aun para decir esta boca es mía, y que reduce todas sus razones á entrar, salir, sentarse, escupir y sonarse las narices?

Concluimos, pues, este trabajo haciendo votos por que el señor Castillo abra alguna vez los labios, aunque diga *mú* como el buey de la fábula, para que nosotros podamos entonces manifestar al público la entonación, el modo y el gesto del señor Castillo al decir *mú*. Solo así conocerfamos, pintor y espectadores, las fuerzas intelectua-

Jes, las aptitudes oratorias y la elocuencia parlamentaria de nuestro *último mono*.

Esperamos que acceda á nuestro pedido. De esta manera afirmaremos para qué sirve el señor representante. Lo que es por hoy, maldita la cosa para que sirve en la Cámara. Mas adelante podrá valer algo como tribuno, aunque siempre menos de lo que *cuesta* como diputado. Atualmente no hace mas que formar *quorum* y recargar el exhausto tesoro nacional.



ÚLTIMA PALABRA

Este libro debió haberse publicado á principios de 1873. Ya estaban los originales en la imprenta y compuestas las biografías de los doctores Bustamante y Ramírez, cuando nos vimos obligados á postergar la impresión á causa de los sucesos ocurridos el 15 de Enero.

Aunque el trabajo es deficiente y haya pasado la oportunidad—su único mérito tal vez—lo damos á luz á pedido de muchos amigos que nos merecen estimación y respeto, sin pretensiones de ninguna clase, *y tal como fué escrito hace tres años...* No hemos querido añadirle ni quitarle una línea.

Creemos haber procedido con estricta imparcialidad en nuestros juicios. Si hay error ó injusticia en algunos, desde ya protestamos que, sin idea preconcebida de ofender á nadie ni de faltar á la verdad, hemos incurrido de buena fé en la injusticia ó el error.

Tambien puede suceder que algunos detalles de la vida pública de los hombres que hemos bosquejado no

sean de una exactitud completa; pero en el conjunto, en el fondo, gárananos la fidelidad de nuestra copia.

En fin, al trazar las biografías anteriores, nuestra pluma no ha sido guiada por ningún móvil pequeño, ni por ninguna personalidad mezquina, sino por el mejor deseo de dar a cada cual lo suyo, haciendo justicia a todos.

Y tan es así, que rogaremos a las personas cuyos retratos no fuesen de un entero parecido, se sirvieran rectificar en tiempo los rasgos que las desfiguran, por si algún dia este libro alcanzará los honores de la reimpre-sión.

Ahora, repetiremos el final de las antiguas comedias:
Está acabada la obra,
Perdonad sus muchas faltas.

Montevideo Diciembre 31 de 1876.

UN AFICIONADO

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
El autor á los lectores	3
 DIPUTADOS CONSERVADORES	
El doctor don Pedro Bustamante	45
" " " José P. Ramirez	29
" " " Julio Herrera y Obes	45
 DIPUTADOS NACIONALISTAS	
El doctor don José Vazquez Sagastume	63
" " " señor don Agustín de Vedia	73
" " " doctor don Carlos A. Lerena	88
 DIPUTADOS COLORADOS	
El señor don Isaac de Tezanos	95
" " " José C. Bustamante	110
 DIPUTADOS BLANCOS	
El doctor don Ambrosio Velasco	119
Los señores don Juan J. Soto y don Narciso del Castillo	124
Última palabra	133